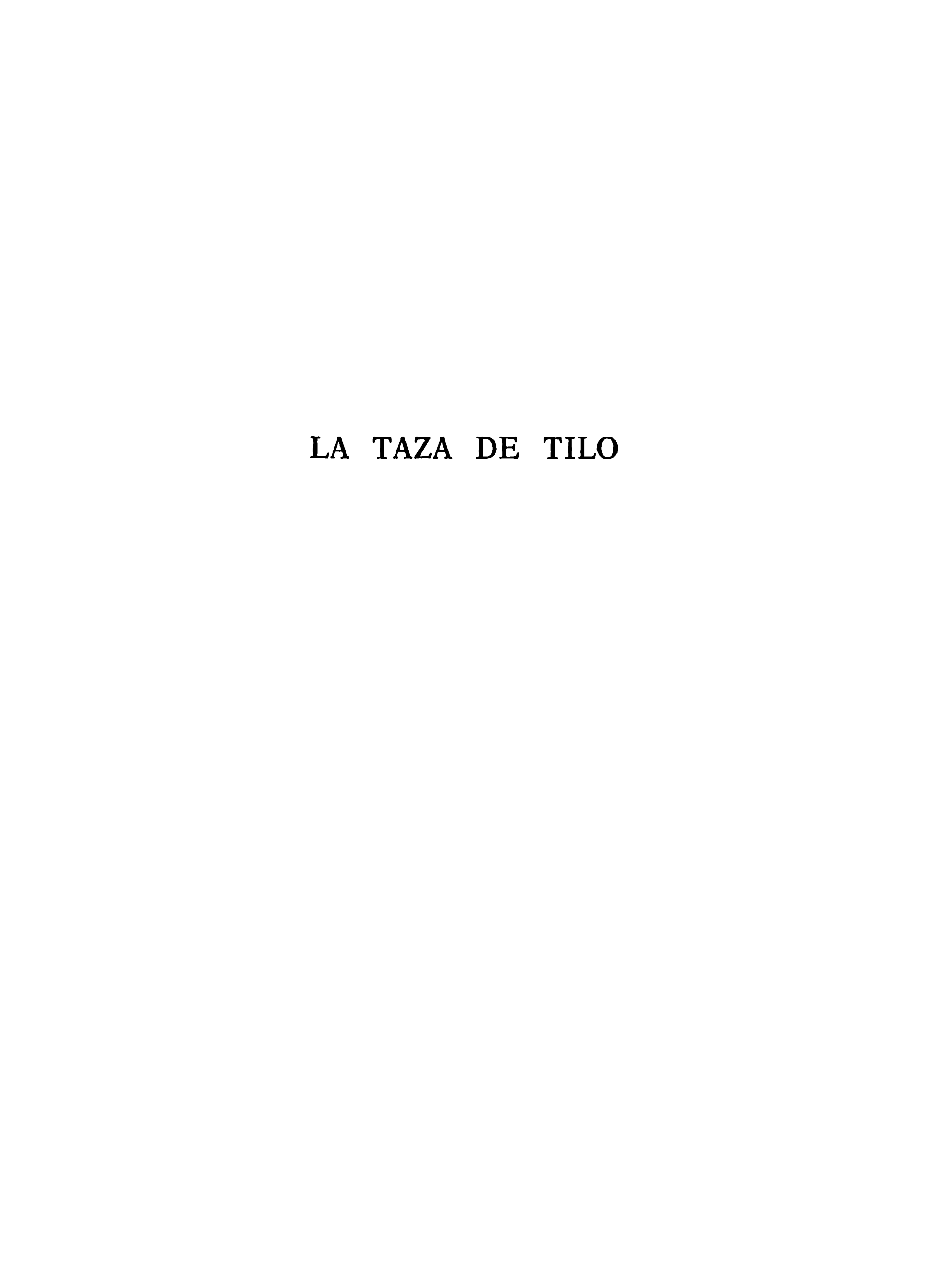
WIMPI

LA TAZA DE TILO

EDITORIAL
FREELAND



LA TAZA DE TILO

WIMPI

La Taza de Tilo

2ª Edición

EDITORIAL FREELAND
Buenos Aires
1971

DEL MISMO AUTOR:

El gusano loco
Viaje alrededor de un sofá
Vea amigo
Ventana a la calle
Los cuentos del viejo Varela
Cartas de animales
La risa

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723.

Casilla de Correo 5093. Buenos Aires. Rep. Argentina.

LA COCA

"...y no cuesta poco trabajo a los indios, ni aún pocas vidas, por ir a cultivalla, beneficialla y traella", dice el padre Joseph de Acosta, en su *Historia natural de las Indias*, cuando se refiere a la obtención y el uso de la coca en tierras de Incas.

Nació la coca en los valles más calientes y húmedos de los Andes. Allí la encontraron, así como extendieron sus conquistas, los reyes del Sol.

Y se le dio, desde el principio, una importancia fenómena.

Los amautas —adivinos del Inca— que se la ofrecían a Pacha Mama y a Viracocha como presente propiciatorio, le inventaron una emocionante procedencia.

Dijeron que hacía muchos años al oriente del Cuzco, había vivido una huanina —en quichua se le decía huanina a lo que nosotros le decimos purretita, claro que ya media crecida— muy linda ella, pero, entonces, trasnochadora.

Liberal, bah.

Fueron tales los dolores de "uma" (mate) en que vivían, por ella, el yaya y la máma, que la tuvieron que mandar matar.

Y la enterraron en medio de un valle.

Y de su cuerpo brotó una planta maravillosa: la coca.

Erythroxylon cocca; para decir las cosas como son.

Fue así que los Incas empezaron a hacer unas pelotitas con hojas de coca mezclada con la ceniza del jume, o con polvo de conchuelas molidas.

La pasta resultante de esa manipulación se llamó "yicta"; llamándosela, por otra parte, "acullicar", a la tarea de prepararla.

Después la mascaban.

¡Meta chacchar! —del quichua "tratracuy": mascar coca.

A la especie de chicle en que la masticación transformaba a la "yicta", se le llamó, y se le llama "acullico".

Al principio, sólo los Incas podían chacchar la coca.

Empezaron las concesiones cuando, una vez al año, el soberano gustó mandar de regalo a aquellos de sus señores que tuvieran, por lo menos, diez mil vasallos, una bolsa de hojas de coca.

De ahí para adelante, mascaron todos.

Y cuenta Concolocorvo en su "Lazarillo de ciegos caminantes" y el Padre Bernabé Cobo en su "Historia del Nuevo Mundo" y el doctor Nicolás Monardes en su "Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales", que la coca —el jugo de la coca que tragan quienes mastican el acullico—, suprime las sensaciones de hambre y sed.

Mientras trabajaban el acullico, los viejos amautas invocaban el espíritu de los muertos para pedirles consejo sobre cosas de este mundo.

Y los quichuas silvestres, que tenían por cosa de mal agüero el canto de la lechuza, le ofrecían, a ésta, hojas de coca para que callara.

Sin ser uno nadie ha osado contribuir, con lo precedente, a la ilustración de la comisión que según un despacho de la A. P. —venido de Lake Success— enviará la UN al Perú "para estudiar los efectos de las hojas de coca que mastican millones de personas".

Claro que ahora que se inventaron los bifes a caballo y la cerveza; y que se puede comprar en cualquier parte una mesa de tres patas y que los lechuzones —que no hablaban pero se fijaban— fueron substituidos universalmente por el loro, ya no necesitamos la coca ni como matambre, ni para atraer espíritus, ni como amuleto.

Claro que la UN puede necesitarla para otra cosa.

Ya se va a saber.

EL JUEGO, LA FILOSOFIA Y EL CALOR

La señorita J. K. Oudenjik ha escrito un lindo ensayo para demostrar que buena parte de la política es juego. Pero la señorita J. K. Oudenjik lo dice así, contra lo que podría parecer, en elogio del tipo. Si es capaz de jugar en cosas tan serias, viene a decir la erudita dama de la sociología, es porque sabe lo que se trae entre manos.

Basa su tesis en muchos ejemplos, algunos muy bonitos. Dice que los ingleses le han dado a la vida parlamentaria un aire constante de "Match". En 1937, lord Cecil declaraba en plena Cámara de los Lores que allí no eran deseables los obispos, tema que discutió largamente con el arzobispo de Canterbury, el cual usaba argumentos propios de Chesterton.

En Estados Unidos pasa tres cuartos de lo mismo. Durante las elecciones de 1840, los partidarios de Harrison no tenían ni programa ni símbolo, y el candidato les ofreció el del LOG CABIN, esto es, la ruda cabaña del pionero, lo cual recordaba el humilde origen de Harrison, quien por ese motivo venció.

El distinguido profesor Huizinga, comentando ese ensayo de la joven citada, la cual es su discípula, añade por su cuenta: "La ciega fidelidad al partido, la organización secreta, el entusiasmo de las masas, junto con un afán infantil por los símbolos exteriores, otorga el elemento del juego a la política norteamericana, con algo de la ingenuidad y la espontaneidad que hoy faltan en el Viejo Mundo".

Hace ya muchos años, por otra parte, que Ruskin, un esteta, si los hay, decía que la guerra es un juego artístico, y sólo se trata de que se ajuste a un perfecto "fair play".

El tipo, en una palabra, nace para jugar, y de ahí su

ironía y todo lo demás. Cuando se pone grave, en realidad sólo está jugando a que es un hombre serio y trascendental, un chiste, bah.

Y la cosa parece tan cierta que el mencionado Huizinga, verdadero filósofo del juego, sostiene que en vez del "Vanidad de vanidades, que todo es vanidad", se debiera decir: "Todo es juego". Y Lutero no tenía más razón que Platón cuando decía: "Todas las criaturas son larvas de Dios y disfraces", en tanto que el griego opinaba que los hombres son juguetes de la divinidad.

Existen, en una palabra, estupendos testimonios para probar que cuando el tipo elige una quiniela, porque ha soñado con un número, o compra un billete de lotería, o se pone a acertar un cuadrante de la ruleta, está siguiendo las huellas luminosas del pensamiento helénico, que le dicen.

Claro está que puede perder y que entonces se pone grave y lamenta la vanidad de este mundo, pensamiento que acomete después de la fuga del último peso. Pero entonces es ya un estoico, y con ese motivo puede forjarse un temperamento sereno, en el cual no hagan mella las desgracias, logrado lo cual está en las mejores condiciones para soñar otro número, o elegir otra docena, puesto que la adversidad no conseguirá ahora vencerle.

Dicho a la inversa, el tipo que no juega es la excepción.

Y ya ven ustedes, esta misma idea de la regla y la excepción es un juego sofístico, puesto que una regla lo será tanto más cuantas más excepciones tenga, como sucede con la temperatura en Buenos Aires, que siempre está por debajo o por encima de "la normal"; de suerte que la normal es la cosa más anormal del mundo.

EL CORDERO DE DIOS

La gente que pasaba por la tienda de José, el carpintero, se detenía y se inclinaba respetuosamente aquella tarde:

—José ha muerto.

—¡Tan sola que ha quedado María!

—Vino su hermana, la de Cleofás, para hacerle compañía, pero tampoco puede quedarse mucho porque Cleofás está viejo: casi como lo era José.

—Y el hijo ha partido.

—¿Jesús? Sí, ayer. Díjose que cuando oyó que unos romeros que venían del desierto mentaron a un profeta, o no sé qué, que anuncia al Salvador del Mundo, tomó por la calle de los tahoneros y... todavía no ha vuelto.

Es Juan, el Bautista, quien ha desatado en el desierto su palabra de condenación y de vísperas:

—¡Raza de víboras! ¡Llega la cólera y huís! Pero la cólera os alcanzará.

Ya está el hacha sobre la raíz del árbol sin fruto, para abatirlo en buena hora. Ya está la segur sobre la madera podrida para cortarla y que arda. Ya viene el que es más poderoso que yo. Su mano sostiene el arnero. Y Él limpiará su campo. Y Él quemará la paja en un fuego que no ha de extinguirse nunca.

Pero nosotros, los que os seguimos... ¿qué tenemos que hacer?

—¿Tenéis dos túnicas? Dad una al que no la tiene. ¿Tenéis para comer? ¡Dad de comer al hambriento! No exijais a cada uno más de lo debido. La desgracia caerá sobre la mala semilla. El trigo irá a los graneros de arriba, pero la paja será quemada en un fuego que no se extinguirá jamás.

—¿Sois el Salvador?

—¡No soy el Salvador!
—¿Sois Elías, el Profeta resucitado?
—¡No soy Elías!
—¿Quién sois?
—Soy el que ha dicho Isaías: "¡Voz que clama en el desierto!". ¡Aparejad conmigo el camino del Señor! ¡Todo valle ha de ser alzado y toda montaña ha de ser abatida! Y los caminos torcidos se harán derechos. Y los ásperos, llanos. Yo soy el que clama en el desierto. Ese, soy.

Y he ahí que de pronto se acerca hacia el sitio en que Juan, el Bautista, hace restallar su palabra de condenación y de vísperas, se acerca lentamente, vertiendo su presencia en cada paso, como para dejarla acuñada en la merced entrañable de la tierra, el hijo del finado carpintero de Nazaret. El hijo de María.

Diríase que toda la tierra entera y tremente, viva y grave, floreciera en una sola rosa de gracia.

Huyen los cuervos que crascitaban sobre los camellos muertos. Y una lejanía voraz se traga, acallándolo, el himplar de las hienas.

Dicen, inquietos, los discípulos del Bautista:
—¿Quién es el peregrino que se acerca?

Y cuando Jesús ha llegado junto a ellos, la lengua de Juan, que parecía hecha nada más que para la maldición y el alarido, se ablanda como harina para henchir de un alma limpia y fragante las palabras únicas:
—¡Es el cordero de Dios! ¡El que viene a borrar los pecados del mundo! El Señor me había dicho: Aquel sobre quien veas el Espíritu descender y posarse, será Él. ¡Y yo lo he visto! ¡Es el hijo de Dios!

Jesús ha sonreído y se ha apartado caminando lentamente hacia la orilla del agua.
—Y, entonces, los discípulos asedian al Bautista:
—¡Qué quisisteis decir?
—Cuando nos dijísteis que es el cordero de Dios, ¿qué nos dijísteis?
—¿Es, acaso el Cristo Salvador?

—Y el Bautista responde:

—No pertenece al hombre revelar los secretos del Cielo. El que viene de Dios, dirá El mismo por qué viene de Dios. Yo le dejo el camino.

Los discípulos de Juan, al ver que Juan descendía solo por los acantilados, en el vado de Gilgal, se dispersaron pensativos.

Tres de ellos, empero, pescadores de Betsaida —Simón, su hermano Andrés y Juan, su amigo— siguieron a Jesús. No se atrevían a aproximársele demasiado.

Y entonces El, que los sintió tras suyo, se volvió y les dijo:

—¿A quién buscáis?

—Y dijo Juan:

—Rabí... ¿dónde vivís?

—Venid y veréis.

Y fue así como el Cristo tornó a subir el Jordán hacia la tierra galilea, seguido por los tres primeros discípulos que tuvo: Andrés, ya un hombre, maduro y recio; Juan, un adolescente, todavía; y Simón, que iba a ser Pedro.

Y fue así, aun como Jesús, el Cristo, inició hacia Nazaret —de donde saliera para el desierto en el que crujía, tremenda, anunciándole la voz del Bautista— el único camino de Salvación (porque lo fue de perdón y de amor) que el cielo en vano trató de enseñarle a la tierra...

LOS INSECTOS

Hace algún tiempo, desde este mismo rincón, cumplimos con la cigarra.

La Fontaine, por falta de información, difundió la especie de que la cigarra vivía a costilla de la hormiga, cuando lo que ocurre es, precisamente, lo contrario.

En efecto: la hormiga aprovecha las incisiones que la cigarra hace en los troncos de los árboles que elige para posarse, y bebe por ellas la sabia que, de otro modo, no estaría a su alcance.

Además, cuando la cigarra, sorprendida por la muerte, cae del árbol, se lanzan sobre ella las hormigas y la devoran.

La hormiga —ponderada por laboriosa y precavida, por organizada— es uno de los bichos más detestables que se conocen.

Caryl P. Haskins, en su obra *Las hormigas y el hombre*, al estudiar el mecanismo mediante el cual se desarrolla el comportamiento de los integrantes de las colonias de hormigas, sostiene, categóricamente, que, además, son fascistas. (Capítulo VII del libro citado.)

La gente se deja impresionar por los literatos y concede su simpatía a seres que, generalmente, no la merecen.

Está el caso de la Luciérnaga, por ejemplo. "Lampyris noctícula".

La luciérnaga, alhajita maravillosa en las noches fragantes de los jardines, muerde a los caracoles, los hace dormir, les fluidifica la carne con un humor especial que al efecto destila, y se lo bebe. ¡Mire qué alhaja!

El grillo, no. El grillo es vegetariano. Come pasto. Vive solo. Cama separada. Hace un pocito de 15 cen-

tímetros de profundidad y se aloja en él cuando se toma franco.

Y la grilla —de la que nadie habla, a la que nadie hace caso— pone, por vez, de 500 a 600 huevecitos, para compensar los estragos que en ellos perpetran las hormigas, cantadas por el amigo La Fontaine.

Jean Henri Fabre, el inmortal autor de *Souvenire entomologiques*, admirado de los "conocimientos" de Genometría que demostraban los insectos —las torres de barro de Calicodoma, las cadenetas arcillosas del Pelopeo, los saquitos de algodón del Antidio, las anforitas de las Euménides—, quiso comprobar si la avispa, uno de los arquitectos más consumados en la especie de los insectos, era verdaderamente inteligente. La avispa, como se sabe, es, además, una gran excavadora. Y bien: Fabre tapó una noche, con una campana de vidrio, la boca de un avispero. Creyó que las avispas se salvarían liberándose por un subterráneo. Cuando despertaron, empero, comenzaron a volar desesperadas contra el vidrio, sin que nada se les ocurriera para salir del encierro. A los ocho días, habían muerto todas.

Ya se ve, pues, que la avispa es una bestia.

En lo que está muy lejos de ser, por ejemplo el escorpión.

La gente dice: "Escorpión", y, en seguida, se acuerda del tipo que va con chismes, que trabaja de zapa, que manda anónimos.

Y, sin embargo, el más feroz de los escorpiones, el escorpión langedociano —Scarpio occitamus— que tiene nueve centímetros de largo y está armado de unos tremendos palpos en forma de pinzas de cangrejos y cuyo abdomen remata —desde luego que atrás— en una gruesa ampolla de veneno y un fino dardo para inocularlo... es triste, tímido y solitario.

Y dice Fabre, que lo ha observado durante muchos años —y por muchas horas cada vez— que nunca ataca si no es atacado; y que jamás emplea su dardo veneno-

so contra los animalitos que han de servirle de menú.

Injusta, pues, la fama gloriosa de la hormiga. Injusta la mentada inteligencia de la avispa.

Injusto, asimismo, para el escorpión, llamarles escorpión a quienes hacen lo que él, teniendo las pinzas, el veneno y la cola en punta, no se anima a hacer nunca.

MAS VALE ENVEJECER

Ya Homero nos cuenta que la maga Medea, hija de un rey de la Cólquida, rejuveneció a su suegro —padre de Jasón, el argonauta— con ensalmos y secretos. Y ya los magos taoístas de la China preparaban el Kim-Tam, un brebaje que, asimismo, prolongaba la vida.

Y Juan de Mandeville, el inquieto viajero —según Voguels en *Untersuchungen über Mandeville*— dijo haber bebido en la ciudad de Polombe, en el Asia Menor, agua de una fuente a la que llamaban "Fons Juventutis" que le sanó de sus males y le rejuveneció.

Y el padre Bernabé Cobo, en su *Historia del Nuevo Mundo*, habla de las virtudes que le asignaban los aborígenes de la Nueva España a un árbol extraño de cuya madera se hacían vasos que comunicaban un incomparable color azul al agua que en ellos se vertía, por lo cual quien en ellos su agua bebiera, sanaba y se amozaba de inmediato.

Y don Juan Ponce de León se pasó años empecinado en la búsqueda del río flanqueado de palosantos y guayacanes, cuyas aguas rejuvenecían la vida.

Hace doscientos mil años —o trescientos mil años— que el hombre propiamente dicho envejece y todavía nadie se acostumbró a envejecer.

En el siglo XV existió, verdaderamente —según unos en Knittlingen— un nigromante llamado Johann Faust, elemento original histórico de los poemas de Balhorn y Lübeck y de Rudolf Widman y de Nicholaus Pfitzer y de Kliger y de Federico Müller y de Lessing y de Marlowe y, al final, ya, de Goethe.

Cuentan las viejas tradiciones alemanas del lugar que la gente atribuía al verdadero Johann Faust serios tratos con el diablo y que sostenía que el diablo lo estaba

encarnando en el perro que acompañaba en todos sus paseos al nigromante.

La disposición faústica de vender el alma a cambio de la eterna juventud, es, pues inmemorial y cierta.

Se sucedieron los años y un buen día cuando Charles Edward Brown Séquard supo que Leuquer había aislado la testosterona, creyó que inyectándosela —jugo vital— al calandraca, saldría el calandraca —despojado de las polonesas y el bastón— a pedir guerra.

Los sabios nunca han comprendido la honorabilidad que, cuando se las acepta dignamente, es inmanente a todas las vejeces.

Con su turbadora esperanza de tornar en nueva brincadeira la augusta serenidad de las ancianidades venerables, les impiden su lógica y noble maduración. Y propenden, así, a la multiplicación del viejo verde.

A Brown-Séquard, que quiso rejuvenecerse a sí mismo inyectándose jugos insólitos, le sucedieron, entre otros, Voronoff, Steinach y Carrel. Carrel con sus inauditas transfusiones; Steinach con sus ligaduras y Voronoff con sus injestor, siguieron buscando por otros caminos, lo mismo que en vano buscaran los magos chinos y el viejo Ponce de León.

Y fracasó Alexander Gürwich con sus llamados "rayos mitogenéticos".

Y ya ni se habla —después de su lamentada muerte, a los 62 años, apenas— del suero citóxico recticular (A.C.S.) que descubrió para prolongar, también, la vida, Alexander Bogomolets.

Pero queda la tradición de Eli Metchnicoff —premio Nóbel—, sabio éste que, observando que los pastores de Bulgaria, casi todos hijos de nonagenarios, y centenarios ellos mismos, se alimentaban principalmente de "yogurt", creyó que estaba en el "yogurt" el secreto de la larga vida sana.

En efecto; el profesor Henry C. Sherman y la doctora Harriet L. Campbel, de la Universidad de Columbia, al obtener, con regímenes alimenticios adecuados, un au-

mento del diez por ciento de la vida en las ratas (y la química de la nutrición en la rata y en el hombre es impertinentemente parecida) establecieron que una dieta rica en vitamina A y en Riboflavina, propenden al mantenimiento de la salud y a la prolongación de la mocedad.

Es así que a la vitamina B_2 (Riboflavina) se le llama "vitamina de la juventud".

Pero resulta que la fuente excelente de la vitamina A, es la alfalfa, y la de la riboflavina . . . ¡es la leche!

Más vale envejecer.

NOCIONES DE HUEVOLOGIA

La masa huevófaga ni sospecha todo lo que se ha dicho del huevo a través de la Historia. Desde el punto de vista antropológico, paremiológico, económico y social, el huevo ha sido objeto de las mayores atenciones.

Los reyes de Roma, los reyes ayeos, hacían romper las cáscaras de los huevos después de comerles lo de adentro, porque creían que manipulando con tales cáscaras, sus enemigos podían hacerles víctimas de malos hechizamientos.

Entre los yorubas del África Occidental, cuando el pueblo está cansado de su gobernante, nombra una delegación que ha de presentarse a aquél llevándole como presente un montoncito de huevos de loro.

Y si el gobernante no entiende, o no hace caso lo trincan entre todos y le dan como en bolsa.

El Padre Sbarbi, en su *Gran diccionario de Refranes de la lengua española* consigna muchos en los que figura el huevo: —"El huevo, cuanto más cocido más duro", se dice para significar que son más trabajadores los viejos que los jóvenes. "Ir pisando huevos", es el estilo de marcha del tipo cuando llega a la casa a las cuatro de la mañana, hasta que la mujer se despierta y cacarea.

Y suele invitárseles: —¿A qué no decís "huevo" sin abrir la boca... a los que se pasan de vivos.

Desde el punto de vista de la etiqueta, el huevo ha constituido, siempre, un compromiso.

En efecto: romper el huevo frito con el pan, es propender a una inundación del plato, de la misma manera que si se lo corta con el cuchillo. Y mojar el pan en el huevo pasado por agua presenta como ulterioridad irremediable, la servilleta amarilla.

Por otra parte, el huevo siempre ha suscitado la codicia de quienes anduvieron con gallinas.

Y de tal manera que Warburton, en su *Treatrise on the History, Laws and Customs of the Island of Guernesey,* dice que en 1309 unos monjes figuraban como grandes terratenientes en la citada isla de Guernesey y que dejaban sus tierras en aparcería, reservándose un tributo que llamaban "ponedero", el cual consistía en tantos huevos como ponía en un año una pareja de gallinas.

Y los aparceros les daban ... ¡cuarenta! ...

Los estafaban, bah.

Porque en un gallinero sin seleccionar, una gallina, pone, término medio, 80 huevos por año. Y en un gallinero seleccionado hasta 230.

Y bien: desde 1854, en que se patentó en los Estados Unidos el primer nidal mecánico —que se cerraba cuando entraba la gallina y que la protegía de toda molestia exterior— los gallinólogos demostraron una honda preocupación por la psicología de la ponedora.

Quiere decir que en la producción de huevos intervienen factores psíquicos que no se pueden descuidar.

Sabemos que la gallina es un ser con mucho amor propio.

El gallo tiene que gastar el ruedo de las alas siguiéndola antes de obtener el "sí".

Y pone un huevo donde ve otro, para que se vea que es capaz ...

Entonces, sería interesante construir un nido con una trampa abajo.

La gallina se posa y pone; pero, sin que ella lo advierta, funciona la trampa. Se vuelve a mirar, como hace siempre, para cacarear luego. ¡Y no ve el huevo que puso!

—¡Cómo! Entonces ... me habrá parecido ... —pensará.

Y vuelta a acomodarse y vuelta a poner y vuelta a desaparecer el huevo por la trampa.

—Pero . . . ¡qué es esto! Hoy no hago más que pifiar . . .

Y otra vez otro huevo y otro deslizamiento y otra sorpresa. Y otro huevo.

En una de esas, así, bajarían a 1,20 . . .

FUNCION DE LA CARETA

Todos los salvajes se divierten. Informa Robert H. Lowie, por ejemplo, en su notable *Antropología cultural*, que los indios Cuervos inventan destrabalenguas para pasar el rato. Y así como nosotros decimos "Pablito clavó un clavito" o "En tres platos de trigo comen tres tigres trigo", o "En el puente de Guadalajara hay cuatro guadalajaritos guadalajeando abajo del agua", ellos dicen "Basakapupe' cdec akapupapa' patdek", que quiere decir "mi gente que fue a ver a los nez percés no usa sus cinturones como los nez percés".

Y entre los arapajos de Wyoming y entre los zuñis de Nueva México y entre los onas se usan las caretas para ilustrar comedietas en los que un salvaje arrastra a otro por el cabello, y le salta encima, y el otro se trepa a un árbol semejando que es un pájaro, destinadas al solaz de los que miran.

Entre otros pueblos, la careta —como el tatuaje y las escarificaciones de la piel— se utiliza para crearse, quien la lleva, una superior jerarquía.

El dios Nencatacoa, de los chibchas, empero, protector de los tejedores y de los pintores, se ponía careta para emborracharse en rueda con la merza y de incógnito, a fin de que, luego, no le faltaran al respeto.

La careta, pues, siempre ha desempeñado una función bien precisa.

Los viejos hechiceros se las ponían, horrendas, al tiempo que danzaban en torno al enfermo o al poseso, para asustar y espantar a los espíritus del mal.

En Venecia se utilizó para consumar impunemente las más tremendas venganzas. Cuenta Emile Gebhardt en *Los jardines de la historia*, que en el carnaval de 1601 un joven patricio, Leonardo Pesaro, quiso impedir el

casamiento de su enemigo —Paolo Lion— con Lucrecia Baglioni. Y el martes de Carnaval, en que se celebraban las bodas de la hija de un tal Minotto acerca del cual Gebhart no aclara si era pariente del maestro Minotto de Canaro, entró disfrazado y con careta Leonardo Pesaro a la fiesta, en la que sabía que hallaría, como invitados, a Paolo y Lucrecia...

Les halló, en efecto, conversando tiernamente en un rincón.

Y no dejó ni los menudos.

Plausible o no, siempre ha tenido una explicación el uso de la careta.

Pero hoy en día, que ni divierte, ni aleja los malos espíritus —porque con el tiempo los malos espíritus se hicieron jauleros y más volvedores que moscas de tambo— hoy día, repetimos, en que el que quiere emborracharse se emborracha a cara limpia y en que la técnica que propende al rompimiento de compromisos matrimoniales se ha sintetizado en el anónimo, ¿para qué sigue usando careta la gente?

Si la gente "diera la cara" durante el resto del año, podría pensarse que usa careta para ahorrarse la cara siquiera en Carnaval.

Pero como no la da...

EL TIPO REGULADO

Cuando a uno le atrasa el reloj, se lo lleva al relojero; el relojero lo mira con una especie de monoculito y dictamina que debe tenerlo en observación tres días. A los tres días uno vuelve, paga los dos cincuenta y el reloj, en lo sucesivo, adelanta.

El relojero lo ha regulado.

Pero cuando era el tipo en vez del reloj el que atrasaba, no había remedio.

En cambio ahora, con la endocrinología, sí.

Por lo menos ya se ha descubierto que 1/2.000 de tiroxina es lo único que separa al sabio del hombre normal.

La tiroxina es una hormona.

Se les llama hormonas a los productos que, procedentes de un sinfín de glándulas —a las que se les designa "de secreción interna"— vierten directamente en el torrente sanguíneo e influyen, en forma decisiva, en todas las manifestaciones de la personalidad.

Segregan hormonas las glándulas tiroides, las suprarrenales, el timo, el páncreas, la pituitaria la pineal.

Unas influyen sobre el crecimiento, otras sobre el vigor físico, otras sobre el timbre de la voz, otras sobre la actividad mental.

El conocimiento de esas actividades glandulares se confunde, todavía, en el laberinto de las interrelaciones.

Los endocrinólogos no han llegado, aún, ni a establecer la composición química de muchas de ellas, ni a precisar el punto de su equilibrio perfecto.

Pero, por lo menos, ahora se sabe que el tipo de ojos saltones no es que lo sea por chusmiento o vichucón: le falla la tiroides.

El páncreas, por ejemplo, segrega la insulina, indispensable para que el organismo aproveche, entre otras

cosas, los azúcares que, siendo deficiente la secreción de insulina, circulan por la sangre.

Los sabios advirtieron que inyectándole al tipo insulina de un animal normal, el tipo se mejora.

Con el tiempo tendrán que descubrir qué es lo que hay que inyectar para que el tipo pueda seguir con la sangre dulce sin enfermarse de diabetes.

El día en que se haya logrado precisar el punto de perfecto equilibrio de las secreciones internas el tipo podrá ir a hacerse regular, como va ahora, a hacer que le regulen el reloj.

Y se terminará esto de que para no atrasarse en el alquiler, tenga que adelantarse en el sueldo.

Esta especie de persecución de sí mismo, que lo cansa inútilmente.

Incluso, contra el cansancio, le darán todo el jugo suprarrenal que necesite.

Las cápsulas suprarrenales segregan adrenalina, producto éste que fue descubierto por Jokichi Takamine.

Y que es, por otra parte, lo que hace que muchos caballos, sobre todo en La Plata, paguen 104,60 a ganador...

REFACCION DEL TIPO

Considerada sin aprensiones, y con el menor amor propio posible, la historia del tipo sobre la tierra ha venido siendo, fundamentalmente, una historia de la compostura.

Jalonan la ruta del llamado progreso el ojo de vidrio, la sopa de avena, la dentadura postiza, el cold cream, la pata de palo, el algodón en rama y la peluca.

Afanosamente se dedicó el tipo a componer cosas y a componerse a sí mismo, mientras le fluía la historia.

Inventó el parche, la media suela y el hilo de zurcir.

Los anteojos, las vitaminas y el soldador.

—No tiene importancia —dice el sastre—. Y agranda la sisa cuya estrechez mantenía al tipo con los brazos horizontales como un espantapájaros.

—No tiene importancia —dice el dependiente de la zapatería—. Y pone en la horma el zapato que hacía que el tipo caminara como los hermanos Zakharoff.

Todo había tenido arreglo hasta ahora.

Menos la cara.

Y hay partidas de caras que salen que... ¡pah!

Otras, no. Según.

El tipo no es como el elefante, que siempre viene de oreja grande; ni como el ratón, que siempre viene de oreja chica.

Ora, antes bien, presenta caracolillos monísimos; ora verdaderos detectores.

Orejas que parecen esculpidas y orejas que parecen aradas.

De la misma manera, hay narices que parecen griegas y narices que parecen agriegadas.

Narices que presentan todas las características de un primoroso detalle, narices que asumieron jerarquía de mango.

Narices que sugieren el amaroso picoteo del buril, narices que surgieron al empuje del formón.

Las hay que remedan un cuatro si se las mira de perfil; y las hay que se agracian en pompón, si se las mira de frente.

Unas que les dan al tipo apariencia de techo de dos aguas y otras que hacen que el tipo se tenga que sonar al tanteo.

En vista de lo expuesto el doctor James Sotter, uno de los cirujanos plásticos más destacados de los Estados Unidos, contribuyó, en Nueva York a la fundación de una llamada Oficina de Donantes —cuya dirección actualmente desempeña— encargada de buscar gente de nariz grande que ceda cartílago a gente de nariz chica y gente de oreja grande que, a gente de oreja chica, a su vez, se lo ceda.

Dejar buen mozo a un orejudo con la misma operación que se completa a un desorejado es noble y venturosa tarea.

Difundir, asimismo, el hábito de que aquello que le sobre a uno sea destinado a otro al que aquello le falte, es promover una fraternal solidaridad que hasta ahora había faltado.

El doctor Sotter ha logrado la posibilidad de que todos los feos sean lindos.

Ahora habría que conseguir que los lindos fueran simpáticos.

Y después, que los simpáticos no se aprovecharan de la buena impresión que producen para quedarse con el vuelto.

Falta mucho todavía.

TIPOS DE TIPOS-PLAGAS

Evidentemente, hay porcentajes absurdos en este mundo. Tanto como el del 12 % anual más el 1 % mensual de mora, es de los individuos que no se dan cuenta de que están formando parte de una población.

Y entonces actúan con una independencia loca.

De célula cancerosa.

—Uno tiene sus preocupaciones y no se puede estar fijando en pavadas, dice el tipo.

Les llama "pavadas" a las generales de su comportamiento dentro de la masa que adolece de su brincadeira.

Entonces atropella a la señora con el nene, se para delante del que mira la vidriera, invade su domicilio con el ciego empuje de una división de tanques y lee el diario en la mesa.

El tipo carece de vocación de sí mismo, o, en todo caso, de la aptitud que necesitaría para realizarlo

Así las cosas, en vez de pensar, zumba; en vez de sonreír, piafa; en vez de andar, funambula.

La vida no le fluye, le borbota. No se le desliza, le salta.

Como nunca ha procurado conocerse, cada cosa que le sorprende, al afectar un medio ignorado y agreste, le causa asombro, desasosiego y estrilo.

Asiste al acontecimiento que le sorprende, con las mismas posibilidades y los mismos recursos que si el acontecimiento sorprendiera a otro y él no supiera qué hacer.

Esa pobreza en el repertorio de sus actitudes hace que el tipo tenga que pasarse el día eligiendo una palabra, un gesto una dirección.

Al obrar afectado por lo que él llama "sus preocupaciones" no se da cuenta de que contribuye —atropellando, desoyendo y estorbando— al mantenimiento de una

actitud de vigilancia, de desconfianza y de rencor por parte de los atropellados, de los estorbados y de los desoídos.

Recién el día en que el tipo sea capaz de sonreírle al desconocido, recién el día en que sienta cómo le hace cosquillas en la mano un inusitado florecimiento de lealtades, y sienta su paso avezado en el acudir, y el ánimo dispuesto a conceder sin garantías esa parte de la propia vida que les corresponde a los otros, podrá disfrutar enteramente de todo lo que hoy exige sin ningún derecho.

EXPLICACION CIENTIFICA DE UN MILAGRO

Sería absurdo negar la posibilidad y la autenticidad de los milagros, en una época en que sólo por obra del milagro puede seguir el mundo.

Magüer el expuesto reconocimiento, empero, cuando un presunto milagro puede explicarse, deja, automáticamente, de serlo.

De ahí la evidente, cuanto riesgosa, imprudencia de los que no cejan en su pretensión de explicarse lo que pasa...

Uno no es nadie, pero, si es que esto que vamos a decir no se dijo antes, no se le amengüen razones porque haya sido dicho aquí: —"Si se supiera toda la verdad, se acabaría el mundo".

Por eso es que cada verdad que se va sabiendo, al desalojar, con su advenimiento, una ilusión, suprime, en realidad, el pedazo de mundo que esa ilusión embellecía y salvaba.

Ahora tenemos, por ejemplo, el caso de las codornices que comieron Moisés y su gente.

Todo el mundo sabe lo que les pasó en Egipto a los inmigrantes que había llevado Jacob.

Jacob llevó 70. Pero, al tiempo, ya había como para llenar el estadio de River.

Sucedió a Jacob en la jefatura de la expuesta muchedumbre, su hijo José, quien siguió asistiendo hasta su muerte —acontecida a los 110 años— a la mayor multiplicación de los entenados de su padre.

Así las cosas, llegó al reino un Faraón que no estuvo de acuerdo con la legislación de José. Y que temió que su pueblo llegara a ser absorbido o domeñado por aquel fuerte y laborioso pueblo. Y, como pasa siempre, en vez de hacerle seguir al suyo el buen ejemplo que ofre-

cía el pueblo locatario, el Faraón se decidió por oprimir a éste, con disposiciones arbitrarias, por agotarlo con el recargo de faenas, por esquilmarlo con el aumento de tributos.

Un buen día apareció Moisés y acaudillando a la legión de los destratados, los sacó de Egipto.

Fue lo que se llamó El Éxodo, cuyas alternativas se refieren en el segundo libro de Pentateuco.

Jehová inspiró a Moisés en todo momento para el éxito de su aventura: le señaló un camino a través de las aguas, separó las aguas para que pudieran pasar sin botes (Éxodo XIV, 29) e hizo ahogar a los ejércitos egipcios que lo perseguían (XV, 4).

Así pudo llegar Moisés con su gente al desierto de Sin, entre Elim y Sinaí, a los dos meses y medio de haber iniciado la fuga.

Allí en Sin, lejos de Egipto y con todos los egipcios ahogados, podían estar seguros.

Pero el hambre —que también es grela— empezó a apretar de repente.

Y le estaba destinada a Moisés la pesadumbre de oír la plañidera queja unida al duro reproche de los salvados (Éxodo, XVI, 1): "ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de las carnes, cuando comíamos pan en hartura ..."

Eso, según se ha dicho, queda testimoniado en el versículo del capítulo XVI de El Éxodo.

Jehová no demoró en tomar una resolución.

En efecto: en el versículo 12 —la tardanza fue, apenas, de 11 versículos— dijo a Moisés: "Entre las dos tardes comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan".

Y así fue: ¡Moisés y los suyos pudieron agarrar codornices con la mano a la tarde de ese día!

La codorniz, más arisca si cabe, que la gallina ¡asida sin trabajo alguno! Pero ocurre que Messo, el célebre fisiólogo turinés, en su libro *La fatiga* —citado, justamente, por el doctor Palacios en el suyo homónimo—

estudia (¡lo que son las casualidades! ...) la fatiga de las codornices emigrantes.

Y dice que cuando llegan a su punto de destino —y el desierto de Sin, de acuerdo con las rutas que siguen después de partir del África, lo era— llegan tan agotadas que apenas pueden moverse y ni ven.

Moisés las agarró cansadas.

¡Qué poco queda de las cosas cuando uno se las explica!

¡Qué insensatos los que se enojan cuando no les encuentran explicación! ...

OMBLIGUISTAS Y ANTIOMBLIGUISTAS

Pese a que el "Adán" de Miguel Ángel, pintado en el techo de la Capilla Sixtina, lo fue bajo la vigilancia del Papa Julio II, es un Adán con ombligo. Como así los dos Adanes de Rafael, pese, también, a que contaron con la aprobación de León X.

Sin embargo, los teólogos nunca estuvieron de acuerdo con la especie de que la primera pareja presentara, en medio del abdomen, la consabida cicatriz. Artistas tímidos representaban a Eva, al día siguiente de la caída, con los cabellos cubriéndole toda la parte delantera. De modo que, como los cabellos no dejaban ver el cuerpo, ignorábase si se trataba de pintores ombliguistas o antiombliguistas.

Pero en el caso de Adán —con el pelo cortado a la media americana más o menos— había que encarar el asunto derechamente.

Miguel Ángel y Rafael, jugándose el todo por el todo, pintaron a Adán con ombligo.

Y, como se ha dicho, Julio II y León X, respectivamente, aprobaron la actitud. Pese a ese criterio sustentado por los Papas, la cuestión no quedó zanjada ni mucho menos. Líder de los antiombliguistas en el siglo XVII fue sir Thomas Browne, el cual argumentaba en favor de su doctrina preguntando: —Antes de la caída, Adán y Eva eran seres perfectos, toda vez que constituían una obra de Dios. De haber tenido ombligo, habrían sido, simplemente, seres humanos, y, como tales, imperfectos. ¿Se puede concebir que haya salido una obra imperfecta de las manos de Dios?

—No, no se puede concebir —sostenían otros—, pero

bien pudo Dios haber puesto ombligo a la pareja para probar la fe de los hombres posteriores.

En efecto los hombres posteriores —nosotros— ante un Adán con ombligo, nos encontramos con que el camino de nuestra fe se bifurca.

—¡Cómo! Si Adán tenía ombligo, entonces era un grasa cualunque.

El devoto, empero, aquel en quien la fe prevalece sobre el razonamiento, cree, no obstante el ombligo, en la primitiva perfección de Adán.

Quiere decir, pues, que, según los sutiles partidarios del ombliguismo, Dios pudo haber puesto ombligo a la primitiva pareja, como una estratagema destinada a aquilatar la fe de los hombres venideros.

En 1857 —y todo esto lo consignamos para que se vea en qué vinieron empleando su tiempo los sabios— Philip Henri Goose examinó esa teoría de los ombliguistas y sostuvo, a su vez, ampliándola, que los fósiles que hallaban los paleontólogos y que exhiben, luego, como pruebas terminantes de la evolución, bien pudieron ser colocados por Dios, también como una trampa, en el orden en que hoy se los encuentra, para probar, asimismo, la fe de los hombres en la Creación.

Hubo, empero, los que salieron airados a proclamar que Dios no se hubiera atrevido a tender trampa a una institución tan seria como lo es la Royal Society de Londres.

Luego languideció la polémica entre ombliguistas y antiombliguistas.

Pero el convencimiento de unos y otros se había mantenido latente.

Y de tal manera que, según cita Bergen Evans —*Historia natural del disparate*—, en 1944, y nada menos que en el Congreso de Washington, cuando se propuso distribuir entre los soldados norteamericanos que luchaban en ultramar la obra *Las razas de la humanidad*, se opuso, airada, una subcomisión de la Comisión de Asuntos Militares, presidida por Mr. Durham, de Ca-

rolina del Norte, aduciendo que en una de las ilustraciones de dicho libro aparecían Adán y Eva con ombligo.

La Cámara aceptó la objeción y les mandaron revistas a los soldados.

Pero, en realidad, todavía no se aclaró el punto.

Pasó con él como con todos los puntos...

JINETES

La gente dice "meticuloso" cuando quiere decir "prolijo" y, por decir "prolijo", está diciendo "medroso".

"Meticuloso" viene, en efecto, del griego "metyoo": tener temor.

Le llama "desopilante", la gente, a la comedia reidera, y desopilante es, apenas, lo que cura la opilación— del latín "oppilatione", de "oppilo": cerrar. Le llama el Diccionario "jinete" a todo el que está montado a caballo y, sin embargo, se es o no jinete, pese al caballo, según se monte.

Uno no es nadie, pero, ha hojeado el *Libro de enfrenamientos de la Gineta*, por Eugenio Mançanas, impreso en Toledo, en casa de Juan Rodríguez, mercader de libros, en 1583.

Montar "a la jineta" es cosa que no se aviene con las aptitudes de cualquiera.

Era la forma de andar sobre el caballo que permitía imprimirle a éste mayor presteza y agilidad, en el revolverse, en el retroceder, en el pararse y en el partir.

Y todo eso tenía que obtenerlo, quien a la jineta montase, mediante el juego de sus pies —guarnicionados de "acicates" o espuelas de las llamadas "pico de gorrión" para no asustar al caballo con el nombre, pero que en realidad picaban como una cigüeña— y merced al manejo de la única brida que partía del cabezal.

En efecto: "la jineta" se practicaba con sólo la brida izquierda, detalle que dejaba, al jugador de cañas, al rejoneador de toros o al caballero de la justa, libre y dispuesta para todo la mano diestra.

"Jinete", por montador "a la jineta" debe venir del árabe "zente", porque según lo admite el padre Mariana en su *Historia de España*, fue de la caballería berbe-

risca —"zentes"— que los españoles aprendieron esa manera de cabalgar.

Al contar la muerte de don Juan I, Mariana cita a unos soldados africanos —por jinetear ante los cuales para darles dique, que ahora se le dice, cayó el monarca y se mató— "que estaban muy ejercitados en la manera de la milicia berberisca, la cual se señala por la destreza en volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar con ellos, en correrlos y en jugar las lanzas".

Tal espectáculo de agilidad, de destreza, ofrecíase montando a la jineta.

Poco a poco se fue generalizando, empero, sobre todo por el estilo de combatir que se adquirió el montar "a la brida", que es como siguen montando hoy los vigilantes.

Don Luis de Bañuelos y de la Cerda, en su *Libro de la jineta* —Córdoba, 1605— se lamenta del olvido en que se fue dejando la escuela ilustre, después de Felipe II.

Pasado el reinado de éste, sólo los grandes practicaban, y como deporte, el estilo del buen cabalgador.

Parece que fue durante las guerras en Italia, en tiempor de Fernando e Isabel, que los españoles empezaron a dejar la jineta por la brida, a fin de adecuarse al modo de combatir de adversarios muy distintos de aquellos con los que tuvieron que habérselas en los legendarios tiempos de la Reconquista.

Pero la historia cita, como honrosa y heroica excepción, que don Diego Ramírez de Haro y don Ruíz Díaz de Roxas —insignes caballeros de España— pelearon a la jineta en la batalla de Pavía.

¡Esos eran "jinetes"!

El que monta a la brida es, apenas, bridón.

Claro que como bridón se le llama también al caballo, se siguió usando, a lo mejor, lo de jinete para evitar confusiones.

HAY QUE SABER ESPERAR CON PACIENCIA

El tipo que se enoja cuando el que le debe 200 pesos al verlo acercar cruza para la otra vereda y hace que mira una vidriera con medias, es de esos tipos que, como se dice vulgarmente, no ven más allá de la nariz.

Desde luego que la realidad actual del hombre es la de su desaprensión y la de su credulidad —y la de su mentira y la de su miedo—, pero como hay dentro de él un mundo al que él, todavía, no ha llegado, es siempre interesante lanzarse al mar para buscar un camino más corto hacia la China —como hizo el sinigual genovés hace 500 años—, sobre todo si se tiene en cuenta que ahora salimos con la seguridad de que, en efecto existe un nuevo continente.

Y haciéndonos, así, la ilusión de que el hombre puede llegar a ser lo que debe —y garantizando nuestra confianza con el hecho de que no le faltan los materiales para lograrlo— ganamos que al presentirle en vías de su regeneración, nos causa menos dolor el infortunio que le aqueja y se amengüe nuestra tribulación por la gracia que le falta.

Pero es necesario mirarlo adelantándose a la realidad que actualmente ofrece.

Suele decir Picasso que "mirar, es inventar".

Podemos, pues, inventarle al hombre una presencia para que ésta de ahora no nos siga enconando.

Es la única manera de echar los cimientos del nuevo optimismo.

Si pensamos, por ejemplo, que para retraernos dos centímetros de mandíbula con relación a la del modesto monito de cuya condición todavía convalecemos, la Naturaleza tardó un millón de años —o dos— podemos

considerar que estamos, sin darnos cuenta, y a pesar de todo, en el camino de la perfección.

Ocurre, apenas, que todo va muy lento.

Pero... ¡necesitó 200 millones de años el Ichthyornys para transformarse en pájaro!

Y sin embargo, hoy podemos disfrutar de amaneceres enloquecidos de gorgeos.

Y de la tierna ufanía de la paloma y de la gallarda estampita del cardenal.

Nos vamos a un libro de paleontología, miramos en una lámina el torpe bicho antecesor de los pájaros... y sentimos por él una especie de respeto.

El mismo respeto que es menester que sintamos por el hombre al considerarlo, no una meta de la Naturaleza como suele considerársele sin ninguna razón de peso, sino una etapa que la Naturaleza está tratando de superar.

¡El teatro de uno de los mayores esfuerzos en que la Naturaleza se empeñó!

Cuando nos engañan, cuando nos niegan, cuandos nos aprietan, cuando nos pisan, es preferible pensar que dentro de dos millones de años —o tres— el que nos ha engañado, negado, apretado o pisado se habrá convertido en un ser que se parecerá tanto a éste que hoy hace que mira la vidriera, como se parece al cardenal el Ichthyornis.

Siempre ha de ser preferible eso que protestar inútilmente contra la inexcrutable lentitud de la evolución...

PROGRESO

Un progreso, hubo; eso nadie lo puede negar.

Empezamos aumentando de tamaño, hace cientos de miles de siglos, con respecto a la manera primitiva en cuyo diminutísimo mundo simple ya se estaba gestando, como su futuro increíble, este nuestro increíble presente.

Siguiendo el aumento de tamaño, vino el aumento en la duración.

Y el organismo que gana en tamaño y duración, se fue haciendo, posteriormente, más complejo.

Grupos de células se especializaron, aquí y allá, en funciones determinadas y crearon los órganos que de groseros que fueran en un principio, se agraciaron, afinándose, hasta que reinó entre ellos esta prodigiosa armonía que nos permite estornudar cuando nos resfriamos.

Pasaron otros miles de años y dispusimos de una experiencia: la repetición instintiva de los actos nos munió, primero, de una memoria asociativa que luego se transformó en memoria racional hasta producir, a la larga, la Historia.

La Historia es, se nos dice, entre otras cosas, una crónica del progreso humano.

Y he aquí que acaba de plantarse un nuevo mojón en el camino del progreso.

En efecto Mr. Ralph K. Potter —de los Laboratorios Telefónicos Bell, de Nueva York— perfeccionó un aparatito que consiste, apenas en lo siguiente: un micrófono, una hilera de pequeñas bombitas eléctricas una cinta sinfín y una pantalla de proyecciones.

El tipo habla por el micrófono, las vibraciones de su voz atraviesan el campo de luz que aumenta o disminu-

ye su brillo según el tono, la fuerza y la duración de cada palabra, haciendo centellear a la cinta sinfín, que proyecta en la pantalla, resuelto ya, en símbolos visibles, el sonido originario.

Además de constituir como podrá apreciarse, la definitiva redención de todas las sorderas —ya que los sordos "verán" lo que se les dice— el aparato en cuestión es objeto de estudio por parte de los técnicos que ya le están dando multitud de aplicaciones.

Y de tal manera que, esta posibilidad de conversión de la palabra, permitirá, incluso, realizar aquel prodigio que hace más rotundo el encanto del cuento de Alí Babá. Se podrá decir ante el micrófono "Abrete", al lado de la puerta cerrada, y la palabra, convirtiéndose eléctricamente, pondrá en funcionamiento un mecanismo que abrirá la puerta.

Es un progreso, sin duda alguna.

Pero mayor lo hubiera sido —también sin duda alguna— que todas las puertas se abrieran, ante quienes a ellas acudiesen, sin necesidad del aparato.

¡Progreso que convencería a todos sería el que detrás de cada puerta cerrada, en vez de la maquinita conectada al micrófono del experimentador hubiese un corazón conectado a la angustia del desamparado!

REFLEXIONES EN TORNO A LA TRASCENDENCIA DE LAS PALABRAS

El sentido de lo que se dice influye, siempre, sobre lo que se hace. Diríase que el tipo se oye, dándose, asimismo, extraordinario crédito, interiormente.

Y cuanto dice, ante un acontecimiento cualquiera:

—¡Es pavoroso!, ya lo califica, lo cataloga y lo sufre como pavoroso.

Aunque sea una pavada.

La calificación que le dé al suceso, es, siempre, proporcional al rendimiento del suceso en ventura o dolor.

Admitimos que es la impresión que el suceso nos causa lo que actúa en función de substrátum del pensamiento, que, luego, acerca del suceso elaboramos. Y que las palabras con que, posteriormente, expresamos ese pensamiento sobre el suceso, son, aparentemente, apenas los artesanos de esa expresión.

Pero, de cualquier manera, ¡vaya uno a saber por qué!, influyen sobre el estado de ánimo que el suceso crea.

Diríase, aún, que, adquirida cierta baquía en tanto que el tipo las pronuncia una y otra vez ante los acontecimientos para cuya exposición se adecúan, las palabras obran de por sí; y de acuerdo no sólo a la inspiración que las sugirió sino que, también, a lo que al sugerirlas evocaba.

La resignación cristiana, por ejemplo, no es como la estoica, autosugestión. El cristiano no se resigna, como el estoico, argumentando que "el dolor no es un mal".

La moral cristiana rechaza el amortiguamiento de la sensibilidad —Max Scheler, *Guerra y construcción*—, porque, ¿qué mérito puede tener en no sufrir, el insensible?

El cristianismo señala un nuevo camino al sufrimiento.

Y cuando el cristiano, ante una desgracia cualquiera, dice: "El señor lo ha querido así. Bendito sea el nombre del Señor", ha creado, sí, con su inspiración, el nuevo sentimiento; pero, cuando lo expresa ya las palabras actúan solas.

Y como lo de "Dios lo ha querido así. Bendito sea su nombre", fue concebido en trance de adecuadarse para sufrir cristianamente, a veces, sin necesidad de la operación sentimental que sitúe al cristianismo ante su padecimiento, con sólo pronunciar las admirables palabras, ya se siente el consuelo.

¿Reflejos condicionados?

Puede ser.

Cuando el tipo, por ejemplo, tropieza con la parte herida y dice: —"Uno siempre se pega donde tiene lastimado—, utilizando la exclamación tradicional, y lanzándola como se la oyó a otros, sin modificarla de acuerdo con las exigencias de su caso, se siente víctima de una, por lo menos, impertinente fatalidad. Si dijera, en cambio, que uno "tiene lastimado donde se pega", el inofensivo concepto de *casualidad* amenguaría su padecimiento.

Como, asimismo, el de quienes, después, repitieran la frase al llevarse por delante la cómoda con la rodilla cuyo menisco sonara.

Uno no es nadie para hablar con ufanía de estas cosas.

Pero uno no habla con ufanía. Habla, apenas por experiencia.

El sentido de lo que se dice, influye sobre lo que se hace.

Por ejemplo, tenemos el caso de cuando se dice que uno "levanta el gallo".

Se entiende por levantar el gallo —según el uso lo determinó— la actitud de grave y fundamental rebeldía.

—Sabés que fulano le levantó el gallo...

—Ah, sí, che, ¿y después?

—Después, se fue.

¡Es el sentido de lo que se dice que está influyendo ostensiblemente en lo que se hace!

"Levantar el gallo" es una locución que se usa indebidamente. Se usa para lo contrario de lo que ella, en realidad, expresa.

En efecto: cuando en una riña el dueño de uno de los gallos ve que se lo dejaron como un juego de palabras cruzadas, entra al ruedo, lo levanta y se lo lleva.

Es una actitud equivalente a la de "tirar la esponja".

Se "levanta el gallo", cuando el gallo ya no sirve más para nada.

Por eso es que, influidos por el sentido de la frase con que se califica su actitud, a todo aquel que "levanta el gallo" se lo llevan, después, debajo del brazo.

LA ONDA SUPERSONICA

El silencio es un sonido que no se oye.

—"¡Silencio en la noche...!"

Silencio en la noche dice él.

Pero el grito sigue cantando mucho después que el tipo dejó de oírlo.

Los murciélagos emiten grititos —inaudibles, asimismo, para el tipo— mediante los cuales se orientan a través de los obstáculos que se opongan en su vuelo.

El radar es un murciélago sintético.

Cuando el sonido pasa de las 16.000 vibraciones por segundo —ciclos, que le dicen— el tipo no oye nada.

Otros bichos, sí.

El llamado "silbato de Galton", por ejemplo, sirve para llamar a los perros sin que el tipo se dé cuenta, porque dada la frecuencia del sonido que emite, los perros los oyen y el tipo no.

Al tipo hay que gritarle...

Sin embargo, es en ese mundo del silencio donde parece que se están encontrando soluciones maravillosas.

No hace mucho informamos desde acá —claro que sin ser uno nadie— acerca de la existencia del cañón supersónico.

Un cañón de sonido. Pero de sonido inaudible.

Lo apuntan al tipo, el artillero baja la batuta, el cañonista da vuelta la manija y... ni un "¡ay!".

Penetrado por millones de ondas supersónicas, el tipo más que desplomarse como un tronco, se desparrama como una emulsión.

La guerra que viene, por lo menos no hará ruido.

La gente, juzgando por el silencio, pensará: —"...el músculo duerme, la ambición descansa..." y, sin embargo, a un paso, pero fuera del alcance de sus sentidos,

entre la "luz negra" —que no se ve— y la "onda supersónica" —que no se oye— se estará orejonizando todo.

Pero como siempre las nuevas armas de guerra se experimentan en épocas de paz —Abisinia, Guernica, etc. —la "luz negra" sólo se emplea (como hizo Canaro) para dar brillo a revistas musicales o para comprobar la autenticidad de cuadros famosos, presuntamente falsificados.

Y la onda supersónica, elemento del cañón a que antes nos hemos referido, se emplea para unir la mayonesa, para lavar la ropa, para añejar el whisky, para hacer más digestiva, emulsionándola, la leche de vaca que se les da a las criaturas.

La Ultrasonic Corporation de Cambridge —Massachusetts, U. S. A.— está realizando experimentos sensacionales con esa suerte impresionante de "silencios".

¡Han hecho aspiradoras supersónicas!

¡Aprovechan el humo! En efecto: en una gran fábrica de Texas se instaló un generador de ondas supersónicas en el cañón de una chimenea y las vibraciones —200 mil por segundo— producen colisiones entre las partículas de carbono que hay en el humo; de ese modo las partículas, en vez de llenar de hollín la ropa tendida de los vecinos, caen de nuevo al horno y empiezan a servir otra vez.

Habrá batidoras de cocina supersónicas, que permitirán, graduándoselas, obtener una mayonesa en "si bemol".

Y los doctores John G. Lynn y Tracy J. Putnam, del departamento de neurología de la Universidad de Columbia están probando a operar el cráneo, sin abrirlo, para suprimir, en los sesos, fallas o nudos. Claro que por ahora los experimentos se han llevado a cabo con ratas, perros y monos.

Pero, pronto, en cuanto el tipo empiece a exteriorizar esos amagos que hoy tantos disimulan a través de discursos epopéyicos, lo llevarán al consultorio, le aplica-

rán el aparato y el tipo comprenderá, cuando tome el colectivo de vuelta, que en este mundo donde se está logrando todo eso con el silencio, la única actitud elocuente —y hasta "ruidosa"— ante los acontecimientos llamados trascendentales, será la de callarse la boca.

LA SUERTE DE LOS CHINOS

Aunque no haya reparado, por la falta de interés, en lo que se le ha dicho, el chino lo mismo aprueba y sonríe.

La cortesía china —dice Kou Houng Ming— parte del corazón porque el chino conoce, al tiempo que sus propios sentimientos, los sentimientos de los demás.

Desde Li-Tai-Pe y Tu-Fu, ambos del siglo VIII, y tenido este último, como el "Dios de la poesía", hasta Wang Che-Tcheng y Tchou Yi-Tsuan, ya escribiendo con los caracteres llamados "Tsiang" —que inventó el emperador Tchan-Ki tres mil años antes de Cristo— y que consistían en la representación de los objetos, en el dibujo de los objetos, que se trataba de describir o cuya sensación iba a expresarse; o ya ilustrando cada poesía con una viñeta explicativa, los poetas chinos han demostrado por el prójimo lector una consideración muy superior a la que, y aun estimándola con la mayor benevolencia, se advierte en los poetas occidentales.

Recordamos a esta altura que Verlaine, en su *Art poétique* decía que la poesía debía ser música antes que nada, —"De la musique avant toute chose".

Pero a veces resulta tan musical que invita más a bailarla que a sentirla.

Desde el que habló del "verde que te quiero verde", hasta el que mentó con una desaprensión maravillosa, ciertas "trenzas color de mate amargo", todos nuestros poetas adolecieron de la falta de un dibujo ilustrativo que testimoniara la posibilidad de lo que decían.

La poesía china, en cambio, puede considerarse más como un arte plástico, que como superación fonética o sublimación literaria.

Hemos leído un poemita rutilante de Tu-Fu, que se titula "Sobre el río Tchu", en el cual el poeta cuenta,

simplemente, que al bogar por las aguas tranquilas pensó que "tal vez el vuelo —ha tendido mi barca por el cielo".

Y al costado aparece el dibujo de una barca volando, con unos árboles atrás y el río abajo.

El tipo garantiza, con la viñeta, la posibilidad de lo que afirma.

A propósito de esto, y revisando otro repertorio de consideraciones llegamos al *Essai sur la litterature chinoise*, de Georges Soulié, el cual reconoce que ese aspecto pictórico añade un efecto nuevo a la poesía; ciertos versos de los chinos son verdaderos cuadros: un árbol, un pájaro, una flor, un caballo...

Los poetas que incurren en la llamada "poesía pura" tendrían que aprender a pintar.

Pero no, desde luego, con los cultores de la pintura pura, porque entonces sería peor.

El tipo que leyera y no entendiera y optara por observar para entender el retrato de lo que leyó, al advertir que entendía menos el retrato que lo otro, en vez de sentirse liberado del satanismo inmanente a la esencia del ser —resultado lógico de la contemplación de la belleza auténtica según Nietzsche— se sentiría ubicado dentro del cuadro clínico de la polineuritis.

Porque —y ya que hablamos de cuadros— una vez que un pintor puro, en ocasión de exponer sus obras, le pidió a Sonza Briano su opinión sobre una de ellas, que según el pintor representaba una muchacha. Sonza Briano respondió al reclamo preguntando a su vez:

—¿A usted le gustaría tener una hermana que fuera así?

Los poetas tendrían que aprender a pintar, pero, entonces, como la gente.

EL PEYOTL Y LA BERENJENA

Claro que uno, con el whisky, apenas ve lo que oye —y mezclado—, pero los mexicanos que ingieren el peyotl (jugo que se extrae de una cactácea llamada "cactus de Williams"), ¡oyen lo que ven! El peyotl hace transformar la sensación visual del que lo ingiere en una sensación auditiva. El tipo se pone a mirar un paisaje y, al rato, lo sale tarareando. Por otra parte, y en 1809, Rolando, y en 1825 Florens, descerebraron gallinas y palomas, marcando una época bien auspiciosa por cierto —vista las observaciones que pudieron realizar— en el estudio de la fisiología encefálica. La paloma descerebrada de Florens, en efecto, siguió viviendo como en un sueño, pero comía; si la tocaban o se encendía un fósforo ante sus ojos, erizaba las plumas; si se la alojaba en un soporte incómodo poniendo a su lado otro soporte más confortable, la paloma abandonaba aquél y se instalaba en éste, por iniciativa personal.

Goltz, por su parte, en una famosa memoria, expuso las observaciones que había realizado en un perro descerebrado. Después de la extirpación de los dos hemisferios cerebrales, el perro de Goltz, vuelto en sí de la anestesia, recuperó en seguida sus funciones motoras: caminaba sin tambalearse; herido en una pata, siguió, incluso, marchando sobre las otras tres, a fin de proteger la cuarta lastimada. Le dieron de comer y comió. Le dieron de beber y bebió. Llevado a una pieza obscura, dirigió la mirada hacia un haz de luz proyectado de improvisto. Conducido a la proximidad de un árbol, se

comedía a sostenerlo con la pata, como cualquier otro perro que siguiera disfrutando de su integridad.

Jean Lhermite —*Les mecanismes du cerveau*— cita una reciente memoria de Brickner en la que se expone el caso de un paciente humano al que el eminente cirujano Walter Dandy, de Baltimore, practicó, en dos tiempos, la resección completa de los lóbulos frontales a causa de un tumor que los oprimía.

Brickner, en su citada memoria, se sorprende de que el paciente de Dandy no haya experimentado, después de la fabulosa operación, modificación fundamental alguna en los rasgos característicos de su personalidad.

Esos hechos, tomados al azar entre la documentación que, sobre el tema que nos ocupa, se ha reunido, propenden a la reconsideración de una sugerencia de von Helmolth, el fisiólogo flamenco.

Von Helmolth dijo una vez —a lo mejor en alguna sobremesa— que si un habilísimo cirujano fuera capaz de ligar el nervio auditivo a la esfera óptica del cerebro y el nervio óptico a la esfera auditiva, "oiríamos" el relámpago y "veríamos" el trueno.

"Oiríamos" el color. Y "veríamos" "La última noche que . . . etcétera".

Claro que uno no es nadie, pero, embalado por el estímulo de los sabios —y por lo que, acerca del interior de los sesos sugieren los efectos del peyotl— osa imaginar la ligadura del nervio glosofaríngeo a la esfera auditiva, con lo cual "oiríamos" el sabor; e incluso, la del nervio olfatorio a la esfera óptica, con lo cual "veríamos" los olores.

El rendimiento del mundo empezaría a ser maravilloso recién entonces para el tipo.

El tipo "oiría" el Obelisco y "vería" "La Ola Marina" . . .

Y ya que la berenjena va a seguir cara, podría mantener a toda la familia con una por semana. Porque una

berenjena cuya presencia se oyera, cuyo gusto se viera, cuyo aroma —frita, ella— se tocara, aprovecharía lo que hoy en día un bife a caballo.

El tipo todavía tiene muchas posibilidades.

El día que las explote… ¡pah!

NO SOMOS NADA

Se ha evolucionado en lo que a la noción del origen de las neurosis se refiere.

El finado Freu sostenía que el tipo que rezonga cuando llueve, que habla solo mientras se afeita que cuando pasa un conocido, y por no haberlo visto, no lo saluda, piensa en todo menos en que el otro pudo en efecto, no haberlo visto, y queda preocupado todo el día... es un insatisfecho sexual o está padeciendo traumas psíquicos sufridos en la niñez.

Posteriormente, otros estudiosos del tipo han comprobado que muchos ex niños felices, que en su actualidad madura tienen todo lo que quieren, son, asimismo, colifatos.

De repente se les ve por la calle jugando, consigo mismos, a "no pisar raya" o se sabe que arman un escándalo cuando la esposa —o el pibe— aprietan por el medio el tubo del dentrífico o ellos mismos confiesan que se despiertan de noche y se levantan a fumar o se difunde la especie de que cuando llevaron al amigo para sacarle el apéndice se quedaron apretándose arriba de la ingle y a dieta.

Aparentemente, empero, no existían razones que justificaran ese cuadro. El tipo paga su jubilación, recibió el aguinaldo, tiene amigos que lo invitan, la señora se porta fenómeno, el pibe pasa de grado, y, sin embargo... Uno no es nadie para sintetizar las conclusiones a que llega el doctor Alejandro Raitzin pero basta enunciar el título de su libro para cònseguirle un asidero al inquietante supuesto: "El hombre normal... ese otro desconocido".

No se ve por ninguna parte.

El camino hacia la neura se va formalizando en realidad cuando se origina un conflicto entre los deseos del tipo y lo que el medio ambiente —geográfico, económico, municipal, familiar— exige de él para dejarlo perdurar.

Ese vendría a ser el resultado de las observaciones realizadas entre otros, por Stekel, Karen Horney y otros continuadores protestantes de la escuela freudiana.

Pero, además, hay otra cosa.

Y es la imposibilidad del tipo de rebelarse contra la ruindad del amigo, contra la falacia del maestro, contra la injusticia del jefe o contra la pequeñez de la familia, que él no puede demostrar.

Hay mucha gente honrada que tendría que estar presa.

Gente que le da, a lo que hace, el nombre de lo que debería de hacer.

El tipo advierte la substitución del nombre, se da cuenta de que el otro lo está "pasando", pero "para evitar complicaciones" se calla.

Dicho en otra forma: se frena.

No puede proclamar: "¡Fulano es un pistolero!", porque como el otro trabaja, con la pistola escondida, no se le podría probar su condición y el denunciante iría preso por calumniador.

El tipo se pasa el día asistiendo al pequeño renuncio, a la pequeña vileza, a la pequeña cobardía de quienes, no obstante, pueden ostentar en cualquier momento, su patente de "persona de bien".

Y es así que para poder seguir tirando, el tipo tiene que limarse de abajo hasta quedar a la altura de los mediocres y tiene que pagar coimas y tiene que sonreírle a los imbéciles encumbrados.

Y cumplimentar al millonario omnipotente y mandarle una caja de cigarros, el día del santo al jefe o al patrón

que han obtenido, a fuerza de práctica, una habilidad increíble para esconder la mano que tiró la piedra.

¡Cómo va a ser normal la gente!

Si fuera normal, dentro de ese estado de cosas que reina en el mundo entero sería loca ...

COMPLEJIDAD DESAPROVECHADA

Cuanto más complejo es un mecanismo, más le ve uno simplificar el trabajo que ejecuta.

Una máquina llenadora y empaquetadora de cigarrillos, por ejemplo, ofrece uno de los espectáculos más impresionantes del mundo: poleas, botones, escapes, palancas, relojes ... Y, sin embargo rellena la interminable fundita de papel de arroz la corta en cigarrillos y luego aparta, cuenta, empaqueta, cierra, estampilla, apila y, si no la frenaran hasta fumaría.

Todo eso con una sencillez, con una intrascendencia, con una bonhomía realmente maravillosas.

Y lo mismo la máquina de llenar botellas. Y la de esquilar.

Y la de sacar cuentas.

Podría decirse que la complejidad de un mecanismo es, siempre, proporcional a la simplicidad con que realiza su tarea.

Menos en el caso del tipo.

El tipo consta, en principio, de cabeza, tronco y extremidades.

Pero después tiene millones de unas cosas y kilos de otras ...

Tremendo hígado en el que el colesterol se transforma en vitamina A, parejamente a la diminutísima hipófosis que segregando gonadropina le hace sintonizar la Primavera.

Y glóbulos que lo vivifican y glóbulos que lo defienden.

Un ojo que ve lo que quiere —y que lo que no quiere no lo ve— merced al perfeccionamiento que ha logrado a través de 500.000.000 de años de evolución.

Y un oído y un gusto y dos manos.

Y miles de innervaciones que le contralorean el mo-

vimiento. Y glándulas suprarrenales que le tonifican las innevarciones.

Y un sueño que le sirve para compensarse: una sensibilidad que le sirve para desplazarse; una opinión, que le sirve para acomodarse.

Sin embargo, pese a esa complejidad —cuyo esbozo no nos sentimos con aptitudes para intentar— el tipo complica todas las cosas que lo rodean.

—¡Es una tragedia!, grita.

No advierte, siquiera, que "tragedia" viene del griego "tragos", chivo; "oode", canto, porque, en épocas normales, apenas consistió en el baile y el canto de varias personas en torno al chivo descuartizado que colocaban en un altar; hasta que Esquilo la adaptó para cobrar los derechos.

Tenemos el caso del fútbol: once hombres vestidos de camiseta y pantaloncitos de un lado; y once de otro.

Toda la función se reduce a que diez de ellos traten de hacerle escapar la pelota al único de entre los otros once que puede agarrala con la mano.

Y hay federaciones, bancos, médicos, policía, comentaristas, abogados, asambleas plenarias, muchedumbres, odontólogos, al servicio de eso.

Y víctimas.

Aparece de pronto una haciendo colección de cañones —(es otro ejemplo)— y cuando la tiene completa los dispara todos de golpe contra el de al lado.

En seguida, unas partidas de los sobrevivientes escriben novelas, hacen versos, se reúnen, dicen discursos, van a banquetes, fusilan, se condecoran, mientras el resto de los sobrevivientes se ocupan en volver a hacer las casas.

Decididamente, mucho más eficaz es la máquina de llenar botellas.

COSAS DE GAUCHOS

El paisano suele hallar fórmulas expresivas trasladando, mágicamente, diremos así, palabras cuyo recto sentido escamotea, al lado de otras con las que aquéllas pudieran estar asociadas por una semejanza circunstancial. Y en ocasiones, es él mismo quien inventa esa semejanza.

Estamos rondando un tema que ya ha sido tratado por Ismael Moya en su "Refranero".

De aquella manera, surge el "modismo". Síntesis expresiva. "Símbolo verbal".

Tenemos, entre otros símbolos verbales de una sola palabra, el "Gallina", impuesto al hombre maula; y el "Toro", con que se designa al hombre guapo.

Y el "¡Diande!", por "¡De adónde!", en sentido irónico, sea: "No lo conseguirás".

("No ha de..." —casi transformando fonéticamente en "Nuade"— dice, en el mismo caso, el paisano correntino influido por su frecuentación del idioma guaraní).

Y tenemos el "¡Ahijuna!...", apócope de "Hija de una"...

Y este "¡pah!" de nuestro Viejo Varela, apócope, a su vez de "¡pajarito!", palabra que, así pronunciada —y antes de quedar en el "¡pah!" a que se hace referencia— se utilizó, como se utiliza el "¡pah!" ahora, para expresar, generalmente, admiración.

El paisano, asimismo, *desentraña* acepciones a ciertos términos, en virtud de una semántica personalísima.

Héctor Patrón Garrido, culto escritor uruguayo de cosas de la tierra, nos refirió una vez el caso que le había ocurrido con cierto peoncito en su estancia de Treinta y Tres, caso con el que luego integró uno de los

cuentos incorporados a su libro *De todos los caminos.*

Dice a cierta altura del cuento, el Coco García:

—"A mí, pa decir la verdad, el susto más grande me lo pegó una víbora. Era gurí y cuando iba pa' la escuela pasaba por un lugar donde sabía haber una culebra en la puerta 'e la cueva, a la resolana. Yo me bajaba 'el petiso y le tiraba piedras hasta que se dentraba. Tanto *intiqué* con eya que una vez me trajo la carga. Casi se me aflojaron las piernas al disparar, porque ni a montar a caballo atiné.

"El dueño de la casa interroga:

"—¿Qué quiere decir *inticar*?

"—Rebusca el Coco por algunos segundos el significado del término. Teme equivocarse y sale del trance expresando:

"Son palabras testuales patrón."

Por nuestra parte, le oímos hace tiempo, a un paisano del Salto Oriental la siguiente apreciación acerca de los caminos de cierto pago distante, por los que había tenido que viajar después de grandes lluvias:

—¡Había yobido tanto, mire, que aqueyos caminos quedaron hechos una *insinificaaaancia*!

DESAIRADA FUNCION DE LA HISTORIA

Uno no debería hablar de ciertas cosas; pero, mientras se pueda...

Es el mismo caso cuyo protagonista fue aquel que mojó la media luna en el café con leche.

Uno que pasaba por la vereda le golpeó el vidrio y le dijo, desde afuera, destacando, con un gesto paternal, la cordialidad de su comedimiento:

—Eso no se debe hacer.

Y el otro ya con la media luna en el aire, y manipulándola para que no se le enderezara, repuso:

—Pero se puede.

Y mientras se pueda, hay que seguir.

Por eso hoy nos decidimos a insistir sobre la pretendida sabiduría de la Naturaleza.

A medida que la Naturaleza anduvo hacia el tipo, obsesionada por el equipo con que trataba de guarnicionarlo, olvidó una serie de detalles que, en días como los actuales —más que en otros algunos de los que vinieron siendo— habrían resultado de inapreciable utilidad.

La Naturaleza trató de dignificar su comportamiento en una y otra tentativas de pulimentación, desde la plastídula primitiva —aquella primera vida inaugural que en forma de tela levísima flotaba sobre las aguas— hasta el filósofo actual.

Pero he ahí que la hydra de agua dulce, por ejemplo, le cortan la cabeza y al día siguiente ya tiene otra igual. La hydra emite una nueva cabeza para substituir a la que se le amputa, como el tipo emite una nueva opinión para disculparse de la que a él realmente le sigue pareciendo justa.

Los corales y los gusanos inferiores reponen, también de inmediato, cuanto se les arranca.

En los gusanos superiores esa aptitud, aunque menos enérgica, persiste, eficaz.

El tipo se apersona a una lombriz, la corta con una gillete, y al rato la ve pasar entera otra vez.

Los cangrejos —seres superiores— no reponen la cabeza; pero sí las pinzas y las patas.

Y el lagarto, que ya come huevos, repone la cola.

¡Pero el tipo, ni el pelo!

La Naturaleza, en su dramática marcha en busca de la perfección, se encontró, al llegar a él, en un callejón sin salida.

Y entonces, como no supo qué hacer, transmutándose en espíritu, produjo la Historia.

¡Y con la Historia quiso indemnizar al tipo por haberlo dejado a medio hacer!

Y él ahora se encuentra en la situación de esos que cuando reciben, el día del casamiento, la atroz frutera inservible de plata boliviana, piensan:

—¡Por qué no se les habrá ocurrido mandarnos el efectivo!

¡Tanta falta que le haría al tipo aquella aptitud de reponer lo que se le va cayendo!

De substituir lo que le van arrancando.

Y si eso hubiese sido mucho pedir —por no haberlo merecido él, como a lo mejor lo mereció el gusano—, siquiera que lo hubieran armado con las cosas desmontables.

¿No es cierto?

ALCALA DE HENARES: OLVIDADA EN LOS HOMENAJES

En este año del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, fue injustamente olvidada, a través de todos los homenajes que se rindieran al inmortal alcalino, la prócer ciudad de su nacimiento.

Fue la antigua Complutun que, junto con Toledo, concentraba a las gentes celtíberas de la vieja tierra carpetana, que lo era la que hoy comprende la actual provincia de Madrid y parte de las de Guadalajara, Ciudad Real, Toledo y Cáceres.

Hombres nacidos en ella fueron aquellos que, derrotados por Carisio y prisioneros y clavados cada uno en una cruz, esperaron, así, crucificados, a la muerte, cantando.

Luego fue Alcalá —que en árabe quiere decir "castillo".

Docta y prócer ciudad.

En ella se le presentaron al prefecto Daciano los niños Justo y Pastor a alabar el nombre de Jesucristo, sin que les arredraran los azotes que les dieron para que lo negaran, por lo cual Daciano los hizo degollar.

Fue muy amada del cardenal Jiménez de Cisneros, que en ella mandó labrar su sepulcro y levantar la Universidad e imprimir la *Biblia poliglota.*

Allí se ordenó Alfonso XI. Y padeció prisión eclesiástica Iñigo de Loyola por fuero del vicario Figueroa.

Ilustre ciudad, alojamiento de reyes. El católico don Fernando estuvo en ella y, luego, el de Francia, derrotado en Pavía, camino de la Torre de Los Lujanes.

Y siglos antes, en la puerta que todavía se llama Del Vado, don Sancho el Bravo esperó para abrazarlo, al heroísmo hecho carne en la persona de don Alonso Pérez

de Guzmán. El Bueno, aquel que dejó degollar a su hijo antes de entregar la plaza de Tarifa que se le confiara.

Allí nació la infanta Catalina, que habría de ser primera esposa del rey Barba Azul. Y allí murió, montando a la jineta para lucirse, y a consecuencia de haber caído del caballo, el rey don Juan. Y presidió un concilio don Enrique III El Doliente.

Y por la escalera de servicio de su palacio metropolitano —que hoy es el archivo general central— rodó ensangrentado y maltrecho el príncipe don Carlos cuando perseguía, enajenado de amores, a doña María Garcetas, lance que lo dejó a él medio loco y a ella obligada a encerrarse en un convento de por vida.

Allí nació Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita; y Antonio Solís, el historiador de México; y Figueroa "El Divino"; y el hebraizante Bustamante de la Cámara; y Pedro Gumiel, el arquitecto; y Alfonso Ezquerra, el teólogo; y Antonio de Nebrija el gramático.

Y aquel leguito que habría de ser en su hora San Diego de Alcalá a quien un milagro convirtiendo en rosas el pernil de carnero que hurtara de la cocina para dárselo a los pobres libró del reto del prior.

Ciudad prócer que habría de aumentar aún su lustre y decoro por ser cuna de quien supo encarnar —en un señor clarísimo y un criado sensato— a los protagonistas del destino de este mundo en el que gracias a Dios y pese a todo —Sanchos molinos y . . . carneros— no hay hombre honrado que niegue, en su corazón, ni la vieja voz en la que alentó siempre la ilusión más pura, ni el viejo rumbo en el que se acuñó, también siempre, el paso más recio.

¿SE ESPECULARIA CON LOS "TOQUES"?

Un fisiólogo español —Agustín Pí Suñer— y otro ruso —Iván Petrovich Pavlov—, aportaron inusitadas contribuciones al conocimiento de los reflejos, revelando una grave importancia de las diversas secreciones internas en influencias de orden mecánico químico y nervioso, que no sepueden reducir al tipo clásico de reflejo considerado como contestación automática e invariable a una excitación exterior.

Esta aportación abrió nuevas perspectivas a la psicología de la conducta preconizada por Watson en 1913, haciendo que sus cultores, los "behavioristas" —del inglés "behavior" conducta— o psicólogos objetivos estimen las reacciones humanas como mecanismos análogos al de los ascensores automáticos que se detienen en el piso desde el que fueron llamados. El behaviorista o comportamentista —psicólogo del comportamiento— no se preocupa ni de la trama quimérica de los sueños, ni de índole alguna de complejos profundos, si no que, de acuerdo con la actitud de su moderna ciencia, dirigen su actividad hacia lo que es observable físicamente y, por tanto, manuable y mensurable.

Convierten, de esa manera, la asociación de ideas —que tanto preocupara a la antigua psicología— en un simple mecanismo de reflejos condicionados, los cuales, aunque de remota data, no adquirieron jerarquía de cosa estrictamente científica hasta los estudios, ya citados, de Pavlov y Pí Suñer.

En síntesis: estos sabios sometieron la conducta del tipo a las leyes científicas y destruyeron las últimas esperanzas de los que seguían creyendo, como lo creyera Schopenhauer, que el mundo es nuestra voluntad y nuestra representación.

Se estableció el condicionamiento de los reflejos —base de esa vistosa posición de la psicología— mediante una experiencia a la que aludimos (desde luego que sin ser, uno, nadie) aquí mismo, no hace mucho: asociando la circunstancia de ponerle delante a un perro un trozo de apetitoso peceto, con la de hacerle oír, simultáneamente, el sonido de una campanilla, se logró —al cabo de cincuenta sesiones— que el perro, con sólo oír la campanilla se comportara en igual forma que si hubiese tenido delante la carne.

El reflejo salivar del perro, condicionado por la asociación de las presencias de la carne y el sonido se producía, al final, aunque la carne no estuviese.

¿No se podría hacer lo mismo —estando a la notoriedad de los progresos del comportamentismo— con el fiambre y los orejones, por ejemplo?

Si agarráramos al tipo y le hiciéramos comer cincuenta centavos de mortadela —y unos orejones de postre— al tiempo de que un timbre sonara, después de las cincuenta veces, ¿no se conformaría, el tipo, con el timbre solo?

Nos lo representamos en una visión augusta: llega el tipo a la casa, deja el sombrero en la perchita del "porch", besa al pibe, se lava las manos, se sienta a la mesa, se pone la servilleta y le indica a la patrona que está esperando para servir.

—Tocá, nomás, cuando quieras.

—¡Rrrrrrrin!

Después, el café. Y listo.

Y aunque el agio reinante llegara a especular con los timbres, como un timbre dura tanto, lo mismo rendiría.

Nada cuesta probar.

Total, el tipo se emperra para tantas cosas que bien podría acceder a emperrarse para reeditar, en su propio beneficio, los resultados obtenidos por Pavlov y Pí Suñer.

LA GLORIA A SOLA FIRMA

A la Humanidad no le gusta ser deudora. Cuando descubre que un genio vivió siempre en la pobreza, se apresura a retribuirlo mediante lo que se llama "la gloria", que, por lo tanto, es una especie de pago en cómodas cuotas seculares.

Hace pocos días, se ha realizado en París un remate de manuscritos. Por una nota que lleva la firma de Gerardo de Nerval, se han pagado sesenta mil francos. Naturalmente, Nerval se ahorcó porque no tenía un centavo. Un papel viejo en el cual apenas se podía descifrar un garabato hecho por Racine, ascendió casi a medio millón de francos; y ya se sabe que Racine tuvo que vivir de una pensión modesta que le pasaban otros garabatos menos ilustres.

La gloria es la justicia "a posteriori". Se puede cambiar el pan de cada día por la estatua de mañana. Los genios lo saben, y por eso hacen constar siempre que trabajan para el porvenir. Ello significa que consideran mejor dotados a los hombres del futuro, lo cual es un sofisma muy cómico, pues en ese futuro vuelven a existir genios que aplazan el reconocimiento de su talento. En una palabra: la fama es una especie de mujer de Lot estúpidamente vuelta de espaldas.

Los manuscritos esos son lo contrario de los cheques, que sólo valen en el presente. Así pueden consolarse los que no tienen crédito en los bancos. Cuando mueren, los financieros no pasan a la historia, sino a unos libros enormes en los que se lleva la cuenta de las almas prácticas. Cuando llega ese complejo denominado la posteridad vale más una firma de Whitmann que una de Henry Ford.

Para anular esto y hacer del presente una cosa más

poética, un banco de Michigan acepta cheques redactados en forma más simpática y literaria que la actual. Usted puede regalarle cien dólares a un amigo y hacerlo con una leyenda cariñosa. De ese modo, los cajeros son ascendidos automáticamente a críticos literarios, y lo bueno sería que no pagasen cuando no les gustara el texto. Ya se sabe lo que oponía Oscar Wilde a aquella carta acusatoria que le mostraban: "Está muy mal escrita, señor juez".

Las obras de arte son, pues, como los vinos: valen más cuando se añejan. Los compradores de manuscritos adquieren talento de la cosecha del XVI, del XVII, del XIX... Por lo común, son gentes a quienes les falta paladar para juzgar por su propia cuenta, es decir, para celebrar lo contemporáneo. No sirven, en suma, para cajeros del simpático Banco del Estado de Michigan.

Con todo, no deben desanimarse los aprendices de genio. Piensen, por el contrario, que pueden adquirir la gloria, como Corneille o Gerardo de Nerval, a sola firma... Y explíquenselo así al almacenero.

EVOCACION DE DON QUIJOTE FRENTE A LOS NUEVOS MOLINOS

No se han terminado los Quijotes.

Les complicaron un poco la vida, nomás.

Pero ninguno de ellos —es incontable la descendencia del insuperable caballero aunque no lo parezca— ha perdido la esperanza de hallar, entre esta maraña de denuestos y fealdades, el rutilante desfiladero que lleva a la salvación y a la gracia.

La admirable ingenuidad con que el hidalgo defendiérase —¡qué locos los que le llamaron locura!— desde que salió de la venta hasta que el bachiller comenzó a pensarle el epitafio, sigue estando defendida, todavía, y a pesar de todo, en la mar de corazones.

Y frutece en la esperanza de los buenos. Y hace inquietar muchas manos en un inusitado florecimiento de lealtades.

Sancho se ha envalentonado un poco, porque simulan darle razón una serie de acontecimientos que, bien mirados, empero, carecen de importancia.

Los malandrines de la venta sustituyeron los palos por pistolas —y llevan cargadores de repuesto.

Pero el buen señor de la Triste Figura, pese a la mayor amenaza, sigue manteniendo en vilo, en su corazón y en su clamor, a la señora Dulcinea.

Vino a ocurrírseme esto —que lo admitimos, parecería que no tuviese ni pies ni cabeza (y que, a lo mejor, no los tiene)— porque a pesar de la liberación de la energía atómica —y del chisguete y del robot— en los Estados Unidos están volviendo a los molinos de viento . . .

Con aspas más grandes, aun, que las alas de los B-29 levántanse colosos destinados a producir la energía eléctrica que exige de continuo, incesantemente, y que no es posible producir con otros medios.

En Grandpa's Knob cerca de Ruiland (U.S.A.) viene rindiendo pruebas favorables un molino de viento cuya turbina procura 1.000 kilowatios de energía.

¡5.000 les harán rendir a los próximos molinos, diseñados sobre la base del que sirvió para experimento!

—¡A don Quijote le iría peor con cualesquiera de éstos que con los que encontrara aquella mañana en los campos de Montiel! —pensarán muchos.

—¡Ya no bastaría el consejo de Sancho ("enderécese un poco vuestra merced, que parece que va de medio lado y debe ser el molimiento de la caída", por cuanto los molinos actuales, más que izarlo y lanzarlo, electrizarían la lanza y la armadura del caballero y habría que llevarle —aunque con poca esperanza— el pulmotor!, dirán otros.

¡Nada de pulmotor!

El caballero se prolonga, hasta la punta de su lanza, con su maravillosa ternura.

Y en la vocación de su heroísmo y en la aptitud para la fe.

Y eso aisla más que la gutapercha.

El Sancho envalentonado, sentirá reconocer sus miedos debajo de la más provisional de las sonrisas.

Y el espectáculo de la eterna pareja seguirá siendo, a pesar de todo lo que quiera hacerse en contra del mundo, aquel mismo de antes:

"Delante, el señor loco remolca al escudero;
atrás, el criado gordo, ríe, pero ¡camina!"

RAZON POR LA CUAL EL, DESPUES, SE TRAGA A LOS OTROS

En su *Misticismo y lógica*, Bertrand Russell formaliza una indirecta conmovedora: "La vida orgánica, se nos dice, se ha desarrollado gradualmente desde el microbio hasta el filósofo; y este desarrollo, se nos asegura, constituye, sin duda alguna, un progreso. Desgraciadamente, es el filósofo y no el microbio quien nos da esta seguridad".

Y, en efecto: el tipo está muy lejos de ser la especie da máquina maravillosa que cree que es. Pero como es él mismo quien se estima, se valora y se juzga, la estimación, la valoración y el juicio son siempre benévolos a fuer de interesados.

El tipo no es un taller, como él dice. Ni un laboratorio.

Es una fonda.

Después de andar trescientos millones de años —o cuatrocientos— hacia el ideal que se había propuesto, la Naturaleza llegó, apenas, a instlar una fonda. Pese a la reserva de su brío y al denuedo de que hizo gala y al decantamiento de los resultados parciales que obtenía en su marcha hacia el hombre, la Naturaleza nunca pudo evitar las armas de doble filo, que le dicen.

Inventó a la hormiga —como señaláramos en otra ocasión— como maestra de laboriosidad y de ahorro. El tipo aprendió de ella a llevarse todo para la casa con la ayuda de los parientes. Pero el día en que la hormiga agarró para el cantero de los tomates, la mató con agua y kerosene.

Para salvar a los tomates, pues —aspiración muy natural dentro de la estructura que el tipo le ha venido dando a la vida— tuvo que sacrificar a quien le había enseñado. Justificado por el sagrado derecho de la defensa de

sus intereses, el tipo consiguió que lo eximieran del castigo que, aparentemente, su crimen merecía.

Y quedó inventado el elástico.

Y el embudo.

Dentro del tipo, empero, se desarrollaba un drama entrañable, determinado por otra de las armas de dos filos a que hemos hecho referencia: los fagocitos.

Los fagocitos son unos organismos unicelulares que se tienen dentro para que se coman lo que puede resultarnos perjudicial.

El tipo se corta con la gillete o se pincha con un alambre y en seguida, los microbios, que andan a la pesca, embalan, desde afuera, hacia la abertura.

Pero cuando ya parece que se van a ir con la plata, llegan desde adentro los fagocitos y establecen la cabecera de puente.

Resulta, empero, que, a veces, los fagocitos resultan macrófagos. Se les llama macrófagos a esos que después de comer todo lo que decía la lista, se mandan hacer una costilla con papas y huevos. Consiguientemente, los fagocitos, cuando terminan con lo perjudicial, empiezan a pellizcar de lo que, mal que mal, puede ir tirando.

Elías Metchnicoff —premio Nobel— y Weimberg, y hasta Edgren, lo dejaron comprobado.

Los macrófagos, fagocitándose pulpas nobles —devorando todo lo duro de las partes blandas y todo lo blando de las partes duras— llegan a producir, incluso, las atrofias seniles.

El viejo calandraca —que le llaman— es un resultado de la voracidad de los macrófagos.

Reconstruyamos una escena ilustrativa: la fagocita vieja, soñando con sus buenos tiempos de andar y ver, teje el pullover en el zaguán del bazo. En eso llega el fagocito adolescente. Mimoso. Consentido. Viene con hambrucha. Y exclama:

—Mama eu quero.

Y la fagocito —corazón de madre, al fin— mira, dulcísima, al postulante por arriba de los lentes, y accede:

—¡Va in bora, menino, va lú bora!

Y el fagocito, autorizado en esa forma —y constituyendo, como constituye, una parte del tipo— le empieza a comer, al tipo, lo que se necesita para mantener el espinazo flexible.

La arruina, así, toda buena perspectiva.

El tipo, pues, no es ni una máquina maravillosa, ni un laboratorio. Es una fonda. Y de tal manera que por mediación de los fagocitos se pasa la vida masticándose a sí mismo.

Nada más explicable, pues, que luego trate de compensarse tragándose a los demás.

"LO QUE PASA ES ESTO..."

...y, entonces, el tipo se acerca y dice lo que pasa.

—No, mire, a mí me parece que usted está en un error. No se les llama cañoneras porque lleven cañones para vender, se les llama cañoneras porque tienen los cañones para usar.

El protagonista de la conversación intervenida por el tipo aficionado a resolver problemas ambulantes, insiste:

—¿Cuál tiene más cañones: una cañonera o un acorazado?

El interventor sonríe con suficiencia:

—Un acorazado, mi amigo.

—¿Entonces por qué al acorazado no le llaman cañonero? ¿Por qué le llaman cañonera a la cañonera, si más cañones tiene el acorazado?

—Porque resulta que la cañonera lo único que tiene son cañones. ¿Comprende?

—Bueno, pero el otro también tiene cañones. Y tiene más.

—Es el mismo caso que pasa con los millonarios.

—¿Cómo el mismo caso que pasa con los millonarios?

—Los millonarios tienen moneda en pila; sin embargo, usted no les llama "monederos".

El protagonista de la conversación intervenida queda un momento en suspenso, sin advertir bien, la sucesión de enormidades que se han dicho. Pausa que aprovecha el interventor para volver a levantar el diario, al tiempo de decir:

—Lo que pasa es eso...

Siempre sabe lo que pasa: en el estadio, en el hipódromo, en el café, en la plataforma.

Un ochenta por ciento de las conversaciones que se mantienen sobre temas banales, al aire libre o en locales

públicos, están acechadas por el intervencionista profesional.

A veces el hombre se arregla las uñas con un cortaplumita; otras veces, lee el diario; otras, silba mirando para arriba; otras, aún, con las manos atrás, se lustra los zapatos en el pantalón.

Pero siempre está pronto para lanzar su opinión, con el íntimo convencimiento de que su gesto equivale, por lo menos, al de lanzar un salvavidas.

—¿Vio que enyesaron a Giúdice?

—No. A Giúdice, no. A Palma, el de Racing.

—Ts. Ts. Ts. Yo leí Giúdice.

—No. Si lo de Giúdice no es nada dicen. La pierna izquierda, pero apenitas.

—Le digo que leí Giúdice. ¡No voy a saber lo que leo!

Entonces el intervencionista, que estaba a la pesca se acerca:

—Usted perdone que yo me meta, pero al que enyesaron fue a Salvini. Fue en el pie, pero nada del otro mundo. Resulta que yo tengo un muchacho, ¿no?, que conoce a un cronista que fue el que el otro día —sin ir más lejos se encontraron en Corrientes— (que hacía no sé cuánto que no se veían), y el otro palabra va, palabra viene, ¿no?, resulta que saca la conversación y le dijo. Por eso que yo lo sé. Salvini. Lo que pasó es eso...

Y el tipo ya queda amigo.

Sabe de todo: carreras, política, radio, deportes, medicina, los reglamentos de todas las actividades y el recorrido de todos los colectivos.

Es el profesional unánime.

El hábil vocacional.

Que para olvidarse de los propios problemas y en vir-

tud de cierta actividad compensatoria vive ocupándose de lo que se le ofrece en torno y confirmando, de esa manera, aquello de que "habilidad es la facultad que tienen algunas personas para resolver conflictos ajenos"...

EL SUICIDIO EJEMPLARIZADOR

Teníamos 15 años en aquella época. Cuando en aquella época se tuvieron 15 años, túvose, concomitantemente, un paquete de cigarrillos "La Poupée" —que costaban 15 centavos y venían envueltos como los vermichelli— escondido arriba del ropero. Una enorme curiosidad por todas las cosas. Y acné.

Además, claro está . . . *María Magdalena, Las rosas de la tarde, Ibis.* De J. M. Vargas Vila.

A veces lo recordamos con una ternura especialísima.

¡Qué personajes aventajados los de sus obras!

En *María Magdalena,* Judas —el Iscariote— que la ama le dice que su "carne es como una mar bajo el ecuador".

Como se ve, Judas de Kheriot fue el primero en el mundo que supo que había un ecuador.

Si no encontró eco su conocimiento entre sus contemporáneos, fue porque en aquella época la gente se ocupaba de cosas más importantes y sabía por anticipado que cuando se propalara la noticia de que había, en efecto, un ecuador, para lo único que iba a servir sería —como en efecto ocurrió— de motivo de una mascarada a bordo cuando se le cruzase.

Pero, según el testimonio de Vargas Vila, Judas ya sabía lo del ecuador. Y ya se preocupaba del problema de la carne.

Después estaba Ibis. "Maestro . . . vengo a ti . . .".

Y el maestro le contestaba la carta al discípulo diciéndole que lo que tenía que hacer era matarse.

"¡El suicidio es siempre una virtud . . . !"

¡Qué Vargas Vila!

Posteriormente se ocuparon del suicidio —tanto como

de la carne, pero sin llegar a resultados concretos todavía— la mar de gente docta.

Los psicoanalistas, los surrealistas.

Los psicoanalistas dicen que el suicidio es un autoasesinato.

Los surrealistas que es una solución al problema de la libertad.

Que es "reintegrarse a los designios de la Naturaleza".

Se sabe ya que el surrealista sigue la consigna de Rimbaud: "Je ne suis pa prisonnier de ma raison".

El surrealista no deforma nada de lo que le fluye con su crítica.

Se deja ser tal como le va haciendo el inescrutable albedrío de la sangre.

Cuenta Aragón —surrealista español aquerenciado en Francia— que en cierta oportunidad caminaba un joven de normal y serena apariencia por una de las avenidas de la Plaza de la Estrella.

Era de mañana temprano.

De pronto el joven se cruzó con una niña rubia que iba por la misma vereda en sentido contrario al suyo.

Al verla, gritó el joven: "¡Es rubia!".

Inmediatamente se pegó un tiro y se mató.

Cuando la policía revisó los bolsillos de la ropa del suicida, supo que se trataba de un socio del "Club de los Suicidas" formado por surrealistas. Y entre los documentos que permitieron establecer eso, hallóse uno que decía: "Si mañana cuando voy para el empleo me cruzo con una mujer morena, sigo para el empleo. Pero si me cruzo con una rubia, me mato".

Y como la muchacha con la que se cruzó era rubia, el joven se mató.

Claro que, pese a su surrealismo, la actitud resulta un poco exagerada.

Pero ¡qué ejemplo para los que dicen "desde mañana no juego un boleto más" y los encuentra uno al domingo siguiente, con el programa de Palermo hecho un cementerio (cruz acá, cruz allá)!

¡Qué ejemplo para los que dicen "desde mañana empiezo el régimen para adelgazar" y al día siguiente... mayonesa y canelones!

Y para los que se hacen trampas cuando juegan al solitario.

Y para los que cuando acuerdan: "si sale cara salgo a dar una vuelta, si sale seca me quedo en casa... siguen tirando la moneda —si les sale seca— hasta que les salga cara...

LANCHAS AUTOMOVILES BAJO EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

Dogos, dogaresas y bandidos hicieron la gloria de la tierra véneta.

La edad heroica de Venecia consistió en derrocamientos, conspiraciones, asesinatos y serenatas.

La cabeza del dogo Obelerio fue arrojada a la playa de Malamocco. Y como se reúnen ahora ciento y tantas familias distinguidas para reunirle nuevos fondos a San Vicente de Paul se reunían entonces, en Venecia, para hacer apuñalar, a la salida de la misma, al dogo Tradonico, por ejemplo...

Un día, el pueblo sitia a Pietro Candiano IV en su palacio. Y enciende el fuego para exterminarlo con toda su familia.

Pietro Candiano, dogo terrible que había sido, conocía, empero, una salida secreta. Seguido de su mujer y sus hijos, cruza el vestíbulo de San Marcos y... en la salida, que él creyera era el único que conocía, ya estaban esperándolo los degolladores.

Entetanto, las góndolas, mullidas adentro, de cojines de raso y de cordones de oro, seguían pasando, cómplices de amores, con el gondolero en la popa, vestido con el más vistoso atuendo de opereta, y cantando la eterna canción.

Un día de noviembre de 1391, Tomaso Cornaro y Jacobo Tanto, citaron a un clérigo de la basílica de San Marcos, en cierta casa de una calleja apartada, con el pretexto de venderle un buen vino de Malvecia que servía para la misa. Pero cuando el clérigo llegó, ya lo estaba esperando Cornaro atrás de la puerta con un martillo.

Lo asesinó, le robó las llaves de la sacristía y corrió en seguida, con su amigo Jacobo Tanto a robar los vasos sagrados de San Marcos.

Entretanto, seguían resonando en los canales las serenatas de los gondoleros. Interrumpidas, de tanto en tanto, por los gritos de "¡Ohéeee! ¡Ziáaaa!", que hacían de "claxon" al cruzar las esquinas.

En un jardín de la vuelta, al que llegaba la dulzura del canto, Tristán, un hijo del patricio Federico Savorgnano —a quien hiciera asesinar el miércoles de Ceniza, en la iglesia, el patriarca Nicolás— sorprendía a este patriarca Nicolás en el jardín juntando flores, y cumplía su "vendetta" apuñalándolo por la espalda.

Se dice que una noche, apareció muerto en la Piazzeta, junto a San Marcos, un joven patricio veneciano. Y se culpó a cierto infeliz aprendiz de hornero de aquella muerte. Y el acusado murió, después de espantoso martirio. Años adelante, otro patricio se confesó, ya en trance de morir, autor del asesinato que se le imputara al hornero. Y entonces, junto a la entrada del palacio ducal se encendieron dos farolitos a los costados de una imagen de la Virgen y se puso, abajo, una inscripción en la que se pedían oraciones . . . por el alma del "povero fornaretto" condenado y martirizado injustamente.

Y por frente a los farolitos que iluminaban la pía imagen y a quienes ante ella se arrodillaban a rezar . . . siempre siguió pasando la serenata de los gondoleros.

Sin embargo, esa ciudad fue la cuna del Tiziano, del Tintoretto, del Veronese. Y porque los aprendices de ellos, cuando se retiraban, en la góndola del taller a su descanso, iban cantando serenatas por los canales, empezó a llamárseles "pittores" a los gondoleros.

Estos mismos gondoleros que según una noticia que acaba de llegar de Venecia se niegan a cantar, ahora,

como gesto de protesta contra las lanchas automóviles que surcan los canales y ensordecen con su fragor.

Tienen razón de protestar porque se les siga respetando a quienes heredaron la más vieja tradición, y la más pura gloria, de la tierra veneciana.

ENCANECER

"Cana", entre los catalanes, es una medida de dos varas. Entre los tártaros "cana" es el jefe.

Entre nosotros, "cana" es el sitio al que el jefe nos manda. Pero entre la gente ingenua, a la antigua, "cana" es un cabello que se vuelve blanco.

Las "canas", en cuanto designan cabellos blancos, no constituyen un síntoma inequívoco de vejez, por eso es que hay un viejo refrán que dice: "La cana engaña, el diente miente, la arruga no deja duda".

Lo cual significa que, pese a su encanecimiento y dentadura postiza, el tipo puede seguir haciéndose el pomerania, en tanto que sólo el rostro —e aínda mais— con aspecto de pasa es lo que comienza a testimoniar el exceso de edad.

Lo que le da el color al cabello es un pigmento que llega hasta él desde la sangre: la melanina.

Y, según lo ha demostrado el doctor Ales Hrdlicka —*Journal of the American Medical Association*, 1942— el grisado del cabello no significa que la melanina pierda el color, sino que, sencillamente, cada vez se forma en menor cantidad en el organismo.

Es una vitamina del elenco de la vitamina "B" la que propende al mantenimiento de las tales melaninas. De modo y manera que en los criaderos de los zorros que han de producir los a veces de moda "zorros plateados" se somete a los citados animales a una dieta pobre en esa vitamina a fin de hacerlos encanecer. Ya que un zorro plateado, prácticamente, no es sino un zorro encanecido.

Pero existía hasta ahora la superstición de que podía un hombre encanecer de un momento a otro por la intensidad de su disgusto.

De vieja data es la creencia, como que existe un refrán,

también castellano, que dice: "¡Las canas de don Diego Osorio!", refiriéndose a las de quienes, al parecer, las tienen por sus vicisitudes. Es un proverbio de la época de los Reyes Católicos —según el padre Sbarbi— que quedó, dicho con exclamación, para dar a entender que algún sujeto ha encanecido antes de tiempo por efecto de sinsabores y disgustos, aludiendo a que al leerle a D. Diego de Osorio la sentencia de muerte que había de cumplirse en su persona al día siguiente, fue tal la congoja que se apoderó de él, que aquella misma noche se volvieron blancos sus cabellos.

Sin embargo, Richard L. Sutton y Richard L. Sutton (junior), en su libro *Enfermedades de la piel*, dicen: "La súbita decoloración, fidedignamente comprobada, es, sin duda, el resultado de la eliminación de los cosméticos colorantes. Los hechos fisiológicos y anatómicos son incompatibles con la posibilidad de un verdadero, no artificial, decoloramiento instantáneo del cabello".

En el *Times* del 4 de diciembre de 1944 se decía que cuando Laval se enteró desde Berlín, donde se hallaba, que los ejércitos aliados avanzaban hacia el Rin, sus cabellos encanecieron de pronto.

Y el 4 de setiembre de aquel mismo año, el mismo *Times* se refería al caso de los tres años que había pasado en la cárcel de Sing-Sing, Jimmie Hines, pues habían tenido sobre su cabellera el mismo efecto.

Reuniendo todas estas informaciones, es que Bergen Evans, en su reciente *Historia natural del disparate*, viene a confirmarnos la tesis de los Sutton citados —padre e hijo— para afirmar que los encanecimientos instantáneos deben atribuirse a la supresión de los cosméticos colorantes.

¡Estaba como para seguirse tiñendo el pobre Laval en Berlín! . . . Dios lo perdone.

LA "TERAPIA REFRIGERADA": UNA ESPERANZA

Por fin hay doctores que empiezan a tomar el hielo en serio. ¡Curan hasta las quemaduras con hielo!

Se trata de los profesores Lyman Weeke Crossman y Frederick Allen, del hospital New York City, naturalmente.

Con una "manta de hielo" que inventaron —y que, luego de ser extendida sobre el paciente y enchufada se enfría hasta los 4,5 grados— han conseguido suprimir los dolores y los shocks característicos de los estados postoperatorios.

Cuando un tipo se quema, los doctores Crossman y Allen, en vez de hacerle pasar la parte quemada por el pelo (o ponerle la hoja de palan-palan), sin desinfectar, sin quitar los tejidos lesionados por la quemadura, sólo untan ésta con jalea de petróleo, la cubren con una gasa y amontonan hielo encima.

Al tiempo de permanecer así, bien "frappé" el achicharrado empieza a convalecer.

Estimulados por esa noticia, recordamos a los animales invernantes. La temperatura ambiente ejerce una influencia decisiva sobre cualesquier organismo.

Se podría calcular la temperatura contando el número de chirridos que un grillo da por minuto —*Unresting Cells*, de R. W. Gerard—, o cuantas abejas salen de la colmena o cuantas veces late el corazón de un pececito.

A medida que el contorno se enfría, el organismo varía fundamentalmente. El movimiento entrañable se va haciendo cada vez más lento. Los cambios químicos cesan. La vida... ¿acaba?

Pero en las bacterias que provocan la fiebre tifoidea, por ejemplo —que son "vida"— no.

Se han enfriado gérmenes tíficos hasta 5 ó 6 grados

bajo cero. Luego, se les puso sobre "hielo seco" (ácido carbónico sólido) hasta hacerlas llegar a los 78 grados bajo cero. Luego, aún, en aire líquido: 182 grados. Volvemos a ceder la palabra al profesor Gerard y nos enteramos por ella de que la cosa no se detuvo ahí: la bacteria de la tifoidea fue puesta en hidrógeno líquido —252 grados bajo cero— medio en el que hasta el aire líquido se solidifica.

Más lejos, todavía, se llevó la experiencia. En efecto: echóse mano del hielo líquido —¡272 grados!— ¿viven las bacterias?

Vueltas a la temperatura normal se le inoculan a un conejo. ¡Y el conejo se enferma de tifoidea!

No se va a enfermar de caprichoso, ni de mimoso, ni de compadre: se enferma porque las bacterias, pese a un viaje por aquella eternidad espantosa, viven.

La estructura celular —se ha admitido— puede ceder sin que el hielo en que el agua que entra en su constitución se tranforma, la desgarre.

El frío suspende la vida en algunos seres, pero sin exterminarla.

¿Por qué no le ha de ser posible a otros organismos más complicados que el germen tífico revivir después de una aventura hasta los límites del frío? —nos preguntamos con el profesor Gerard.

¡Realizar el viejo cuento de Rip van Winkle!

Aquel personaje de Washington Irving que se quedó dormido doscientos años. Ojalá que los doctores Crossman y Allen prosigan sus experimentos con el frío.

Y que llegue el día en que el tipo, aburrido de pagar 60 pesos por un par de zapatos, se meta en la heladera y quede allí latente, —y descalzo— hasta que bajen.

CUATRO OJALAES

Lo que pasa es que él no se acostumbró a ser gente.

A descubrirse su propia importancia.

Y sigue con el disfraz que se inventó para creársela cuando aspiró a tenerla, sin darse cuenta de que ya la tenía.

Hace muchísimos años consiguió un sombrero negro con la calavera de plata, una pata de palo, un cuchillo y hoy, insiste, aún, en remitir a la vistosidad de ese aparejo, la razón de su ufanía.

Nos estamos refiriendo al tipo.

Capataz de la creación.

Desde luego que de prepotencia.

Si se realizaran elecciones libres en las que intervinieran la pantera y el gusano, el elefante y la garza, la ardilla y el toro, el caballo y el perro, la corvina y la perdiz, el sapo y la hormiga, el grillo y la mosca, la libélula y el oso, con seguridad que no sería el tipo el candidato más votado.

Él se ha erigido en capataz de lo existente, pero mediante la escopeta y la ratonera, el papel cazamoscas y la rienda, los mataderos y las pescaderías, la coyunda y el látigo, la jaula y el flit.

Y todavía no se acostumbró a ser gente.

No acierta a ubicarse dentro de su importancia, en torno a su significado, frente a su posibilidad.

Y se explica.

Retrocediendo unos años en su genealogía, descúbrese el Sinanthropus Pekinensis y, poco antes, aún, al Dryopitecus Fontanis, que era un monito muy modesto.

Quiere decir, pues, que él es algo así como el nuevo rico de la evolución.

Y, entonces, claro . . .

Ostenta los matices de esos que lo primero que hacen cuando sacan la grande —o cuando consiguen vender todos los huevos que tenían guardados esperando a que subieran— es disfrazar a la esposa y a las hijas de visones. A pesar de la Historia, todavía lo mortifica el cuello duro.

Vamos a ver si se acelera su ascensión el día que se resuelvan los resultados del último malentendido en el cual, por hacer lo que creía que debía, ha quedado debiendo la explicación de 50 millones de muertos.

¡Ojalá que le haya llegado la hora de merecer su verdad!

¡Ojalá que se dé cuenta de ella y que no se pase de largo!

Ojalá que se quede para aprenderla definitivamente.

¡Ojalá que lo dejen quedar!...

EL VESTIDO DE LA PRINCESA

"Puzzle", en inglés, quiere decir "acertijo", "rompecabezas", "enigma", "misterio".

Y actualmente el "puzzle" más grave, más impresionante del Reino Unido no es, por cierto, ni lo que puede ocurrir con la mayoría conservadora que surgió en las elecciones municipales, ni con Palestina, ni con Birmania, ni siquiera con el Canal de Suez.

El "puzzle" por experiencia es el vestido de novia de la princesita Isabel.

Norman Hartnel, el modisto-creador del misterioso atuendo, ha dividido su obra en treinta pedazos, cada uno de los cuales fue terminado por una "midinette" que no tiene nada que ver con las veintinueve restantes.

La única persona —excepción hecha de la princesa— que sabe cómo va a quedar el vestido terminado es el modisto que juntará las treinta piezas el día "J".

Todos los costureros de postín de Nueva York, de Chicago, de Hollywood, han mandado espías a Inglaterra con la consigna de ofrecer hasta 30.000 libras esterlinas —más de 100.000 dólares— para "deschavar" a alguna de las modistas que utiliza Mr. Hartnel.

Por la callejuela de Mayfair, donde está ubicada la casa en la que colaboraran las citadas treinta "midinettes" con el creador del vestido de Isabel, han pasado, ya, fumando nerviosamente —o haciéndose los enamorados o los que leen "affiches" o los que esperan vehículos— todos los agentes enviados desde los Estados Unidos y, aún, desde Francia para lograr algún dato que anticipe cuatro o cinco detalles ilustrativos acerca de la obra de Hartnel. Pero, hasta el momento, nada pudieron obtener los advenedizos.

"¡Cállese usted! ¡Desconfíe usted!": cada modistita tie-

ne delante —y al costado y atrás— cartelitos que dicen eso.

Parece que los modistos extranjeros que pudieran obtener un croquis, siquiera aproximado del vestido de novia de la princesa, podrían vender —concretándonos ahora al caso de los estadounidenses— 200.000 ejemplares antes del 20 del corriente, día de la boda, en que ha de revelarse al mundo la maravilla.

Mr. Hartnel confía en la discreción de sus colaboradoras, pero, además —y por las dudas— cada una de ellas está haciendo una parte de once modelos distintos. Y ninguna sabe cuál es, de entre esas once partes cuya confección se le ha encomendado, el vestido de la princesa.

Decididamente, 100.000 dólares por el secreto de la treinteava parte de un vestido, es un precio que podría tentar a cualquier "midinette" sin dote del Reino Unido.

Mr. Hartnel está en todos los golpes...

HABRIA QUE PRESUPUESTAR AL CUCO

—¡Ni Claparède, ni Spranger, ni Preyer, ni Mendouse, ni Mira y López, ni la doctora Montessori! . . . —nos dijo el hombre, envolviéndose en un ademán que parecía una frazada.

—¿Y entonces?

—¡El Cuco, el Cuco, amigo!

Pasó la contera del pocillo por el filo del platito para enjugar la gota de café. Y prosiguió:

—¿Usted cree, por ventura, que luego de aplicar lo que ha leído en "Theorie de la forme et psicologie de l'enfant" es capaz, un padre, de hacerle tomar la avena al nene? ¿Usted cree que después de trillarse el meollo con "Adolescence, its psichology and its relations to physiology, an tropology, sex, crime and education", va a conseguir, aplicando lo que obtuvo, que el pibe no se suba a los árboles o que no escupa en el espejo del ropero y pase la mano o que no baje de la vereda o que deje quieto al perro? No, amigo. En última instancia, es siempre el Cuco quien propende a la obediciencia del niño. Y, consiguientemente, a su conservación y crecimiento. Usted aplique doctrinas, usted desarrolle teorías, usted mantenga experiencias de cualesquiera otras índoles y va a ver cómo no gana nada. Va a ver cómo el nene sigue poniendo el dedo en la canilla abierta para salpicar y jugando al automóvil con la salivadera del living y al Lacroze con la manijita de alambre que hunde en la tierra de la maceta donde está el malvón. En cambio, usted agarra al pibe y le dice: "Tate quieto o viene el Cuco", y el pibe se pasa el resto del día cortando figuritas en un rincón.

El hombre carraspeó, tomó un poco de agua, se secó la boca con el dorso de la mano, cruzó la pierna, y dijo:

—Ahí tiene usted, amigo, la notable función social que desempeña el Cuco. Vale más que todos los paidologistas, que les dicen. Uno lo nombra y en seguida se hace presente la influencia mágica de su evocación en el niño. El Cuco tendría que estar presupuestado.

Recién entonces aventuramos una impresión:

—Lo que resulta extraño es que los niños, sin haber visto nunca al Cuco, sin haberlo oído nunca, le tengan ese respeto.

—¿Y nosotros, entonces?

—Nosotros ... ¿qué?

—¿Acaso no nos pasamos la vida respetando a quien no conocemos y, aun, asustándonos de cosas que no vimos nunca? Mire, amigo: el Cuco, además de ser un freno para la conducta de los niños, va transformándose, poco a poco, en la explicación del destino de los hombres.

LA "PICHONGA", EL "COQUITO" Y "MINUSA"

A uno le parece que hace las cosas completamente distintas de como las hacía —o sigue haciéndolas— el salvaje, y, sin embargo, las hace peor.

Dice Havellock Ellis —"Dance of Life"—, por ejemplo, que hay una tribu en la isla Lifu dentro de la que las cuestiones guerreras se arreglan designando un grupo de dos o tres cacareadores por cada bando en los que el malentendido haya dividido a la tribu, y mandándolos a pelear entre ellos.

En nuestra civilización, antes bien, cuando hay una guerra van a buscar a la casa al tipo —que a lo mejor está tomando mate o carpiendo el fondo y ni se enteró de lo que pasa— y lo enganchan de prepotencia.

Lo que llamamos la propiedad privada funciona dentro de una noción que sólo se diferencia por ciertos procedimientos secundarios de la que se apoyaba, ostensiblemente, en los "tabús individuales".

Primitivamente, en efecto, cuando el indio pasaba por el cañaveral y le gustaba una caña y no llevaba el hacha para cortarla, le hacía una marca. Esa marca quería decir que la caña estaba tabuizada, que la caña era de él y que caerían sobre la cabeza de quien, no siendo él, la cortara, las maldiciones que él, para el posible impertinente, había pedido.

Ahora el tipo irá al escribano, llevará dos testigos, pagará el papel sellado y los timbres, pero lo mismo se queda con la caña.

En vano trataremos de disimular con títulos, planos y asfaltos nuestra primitividad radical.

Tenemos el caso, por ejemplo, del "tabú" del nombre.

Cuenta sir James Frazer —*La rama dorada*— que en cierta ocasión un forastero le preguntó el nombre a un

araucano y el araucano le repuso: "No tengo nombre".

Jamás confía el salvaje el nombre que le ponen verdaderamente.

Porque cree que, quien lo supiera podría hacerlo víctima, valiéndose de él, de daños y hechicerías.

Y, entonces, lo oculta.

Pero, como de alguna manera tienen que ser designados para el funcionamiento de la tribu, los primitivos se ponen un nombre provisional que les sirva para señalárselos sin pronunciar nunca el nombre secreto.

Los aborígenes de Australia, los niños brahmanes, los habitantes de las islas de Chiloé, los indios ojebway, y muchos otros, tienen, en efecto, dos nombres: el común por el cual son llamados públicamente; y el otro, que se mantiene secreto para evitar que los demonios, o los malintencionados, lo utilicen en maniobras que podrían resultar en detrimento de la ventura o la integridad de aquél a quien el nombre pertenece.

Y, nosotros, igual.

Le ponemos al pibe Juan Carlos y después lo llamamos "Coquito".

Le ponemos a la nena María Cristina, y después la llamamos "Pichonga".

¡Y cuando nos hablan de los indios, decimos que eran unos bárbaros!

Sin pensar que hemos superado su costumbre de ponerles sobrenombres a las personas con esta nuestra afición de ahora de no llamar tampoco a las cosas por el nombre que tienen.

LOS DIALOGOS DE ELLA Y EL

Él ya ha pasado en limpio su comedia. Y la discute con ella.

—La protagonista quiere menos al marido en el segundo acto.

—Eso está mal, Juan. No hay veces en las que se quiera menos. Se quiere o no, simplemente.

—Escucha un momento. ¡Él le mintió para que ella accediera a...!

—Eso no tiene nada que ver: al contrario. Hay mujeres a las que les gusta que les mientan. Sienten la inexpresable alegría de comprobar que hubo necesidad hasta de mentir para conquistarlas...

—¡Mirá qué mérito! ¡Mentir! Mentir, miente cualquiera.

—¡Qué esperanza! Mentir siempre fue más difícil que decir la verdad.

—¡Mal puede una mujer sentir que perdura en ella la seducción que en ella se operó por virtud de un engaño!

—Es que en el amor no se razona: en el amor se ama, Juan. En el amor no se valora; en el amor... ¡se ama!

—¡Yo quiero hacer que mi obra sea lógica!

—Entonces sólo conseguirás hacer una obra absurda...

—¡Cómo!

—La lógica es una convención. Las cosas del mundo son lógicas o ilógicas, porque los hombres acordaron en que lo fuesen.

—¡Actuamos dentro de esa convención inevitablemente!

—Para la compra y venta de terrenos a plazos, sí; y para la consignación de frutos del país. Pero la san-

gre tiene razones superiores, todavía, a aquellas razones del corazón que la razón desconoce.

—Entonces, voy a tener que corregir todo.

—No, todo no; hay partes que sirven.

—Aquí hay un bocadillo donde él le dice: —"En el amor, siempre han ganado más los asaltantes que los pordioseros".

En el amor, Juan, rige, asimismo, la vieja sentencia del libro santo: —"Hay una hora para reír y hay una hora para llorar."

—En el amor, hay una hora para rogar y hay una hora para acceder...

—A las mujeres no les gusta que les rueguen.

—Pero les gusta que las esperen.

—¡No les gusta tener que decir "sí", porque el "sí" es una especie de papel firmado! ¡Un documento, María!

—Pero les gusta que se lo adivinen a flor de labios. El hombre que besa después de tener que haber besado, es un idiota. Y el hombre que besa antes... es un frangollón.

—¡Entonces, voy a tener que hacer todo de nuevo!

—No, todo de nuevo, no. Hay partes que sirven. Ya te dije. Vamos a ver, ¿qué razones tienes tú para creer que la mujer ha de rendirse como una ciudadela ante el avance de una audacia? Y siempre.

—En la imaginación del espectador inteligente, se desarrollará la imagen de la fiera saltando sobre la presa.

—Pero es que la fiera salta sobre su presa para comérsela, no para amarla.

—Es un símil, nomás es un símil.

—Además, en el amor se da el caso contrario, Juan; es la presa la que salta sobre la fiera.

—¡Oh!

—Es la presa la que "inventa" a la fiera. La que pone de sí todo lo que un buen transeúnte necesita para transformarse en "hombre peligroso".

—¿No crees en los hombres peligrosos?

—Un hombre sólo llega a ser peligroso cuando a una mujer le gusta.

—Lo que pasa es que tu sutilizas demasiado. Un autor, a veces, tiene que rechazar las cosas pequeñas —el detalle, la minucia— en beneficio de las grandes cosas.

—La ola del mar no sería digna de la grandeza del mar que la alienta, si no se afinara como una daga para pasar entre los muslos de la bañista, Juan.

—De veras. ¡Qué bien lo has dicho! Se afina, como una daga...

—Y, aunque sea el mar, no tiene más remedio. Ya ves...

—Sí, voy a tener que hacer todo de nuevo.

HACIA UNA ERA DE CUADRUMANIZACION

Casi al finalizar una serie de ensayos agrupados bajo el título de *Vida e historia*, Gregorio Marañón se ocupa del pie y del calzado. Y prevé, para el pie, un grato porvenir.

En efecto: se lo anticipa descalzo y capaz de realizar los inusitados movimientos que le exigirá un individuo al que no le alcanzarán, ya, las manos. Sugiere Marañón que el pie ha venido degenerando a través de las marchas en que fue utilizado.

Al principio, es verdad, no había diferencia alguna entre el pie y la mano.

El tipo salía del baño y dejaba cuatro marcas iguales. Y tanto podía matar una cucaracha con la mano, como comer una banana agarrándola con el pie.

Desde hace cosa de 50.000 años —más bien más que menos—, el tipo se paró. Y comenzó a especializarsele, sin que él, casi, lo advirtiera, la función del pie.

Hasta el punto de que un día en que teniendo las manos ocupadas quiso subirse con el pie la pretina del taparrabo, derrapó violentamente.

A partir de entonces, el tipo admitió que los pies se concretaban sólo a sostenerlo.

Los huesos que constituyen la raíz de los dedos, se arquearon para dar origen a la "planta", cuyo abovedamiento amortiguó el traqueteo.

El pie correcto, dejó, en lo sucesivo, una huella en forma de riñón, porque la bóveda no se marcaba.

Cuando la bóveda se marca y la huella adquiere forma de milanesa, es porque el tipo adolece del llamado "pie plano", que se le nota aunque tenga los botines puestos, porque parece que estuviera caminando adentro de un bote.

Andando los años, el tipo se empezó a calzar. Y el calzado limitó el crecimiento del pie que, en sus albores, y a causa de las maratones que el tipo hacía descalzo para ir a buscar la comida o a visitar a un amgio, adquiríale proporciones hoy desconocidas.

Andando los años, aun, el tipo consiguió caballo y su traslado mediante él contribuyó a que el pie, que ya había dejado de crecerle, se le achicara.

Y, siglos alende, llegó a ser una característica típica y consagratoria de la condición de hombre de pro, el pie apolíneo y menguado.

Y fueron de pie pequeño los caballeros del Rey Arturo, los postulantes del Santo Grial, los Pares de Carlomagno, los Cruzados de Ricardo, los mosqueteros de los Luises.

Comenzó, empero, e inopinadamente, una regresión del pie. Porque pese a no utilizarlo el hombre para andar —al caballo se le ató el carro y luego la jardinera; y aparecieron los automóviles y las bicletas y los colectivos— el pie reinició el crecimiento que aquel primer calzado le limitara. Hoy nadie baja del 43.

Porque no se caminará, pero se vive a las patadas.

El ejercicio es el mismo.

Ese indicio, confirma la intuición de Marañón: retornamos a aquellos días —ésta es la víspera de días como aquellos— en los que cuando el tipo salía del baño dejaba cuatro marcas iguales en el piso.

Porque hay tanta manija, tanta palanca, tanto resorte, tanta llavecita, tanto pestillo, que se siente la falta de aquellas otras dos manos, —o sea de los pies en función de instrumentos prehensores.

Nos dirigimos, pues, a una era de cuadrumanización.

No bien se inicie, el espectáculo será mucho más vistoso que el pudo haber ofrecido aquella otra, primitiva.

Porque ahora hay más cosas para agarrar.

Asir el termo con el pie para llenar el mate que se tiene en la mano; hacerse, con el pie, el nudo de la corbata y con la mano pisar el pucho . . . serán habilidades que nos compensarán de la pérdida de tantas otras.

PROFUSION DE EJEMPLOS

El animal al que más se parece el tipo es el mono. Pero el animal al que más debería parecerse es, sin duda alguna, la vaca.

Si la vaca pudiera expresar sus conocimientos asistiríamos al espectáculo de los más completos que pudieran tenerse de las cosas de este mundo.

Los detalles del comportamiento de la vaca integran una contrafigura terminante de la improvisación.

La vaca mira al tren lentamente, desde que lo ve aparecer hasta que lo pierde de vista; y mira, lentamente, al mismo tiempo, al viandante que se acerca a la costa del alambrado.

La vaca mira siguiendo directivas personalísimas, con una mirada de consistencia líquida: inyectable y abarcante.

Es un ejemplo de formalidad.

El perro, a su vez, viajando leguas y leguas atrás del caballo o debajo del carro, configura, también, el ejemplo de una conducta inusitada. Porque si Goltz —entre muchos otros sabios perrólogos— comprobó que el perro dispone de una "estimativa cogitativa", de una facultad para elegir, viene a resultar que si sigue al patrón es porque quieres. Y sin ningún interés material. Los actos del perro, son actos puros.

El perro constituye un ejemplo de romanticismo inobjetable.

Cuando una hormiguita se cruza con otra que lleva una carga muy pesada, se detiene y la ayuda.

La hormiga contribuye al aleccionamiento del tipo, con un ejemplo de cortesía trascendental.

Y después está el caso de la ostra.

Siendo todavía muy pequeña, la ostra flota en la su-

perficie del agua con la apariencia de un trocito de gelatina y sin valva alguna aún, que la recubra. Pero en cuanto, pasado el tiempo, la valva comienza a formarse, se sumerge la ostra y va a yacer en el fondo.

Allí se pega a una roca y se dispone a vivir dejando que el agua le entre para alimentarse con los pequeños cuerpos que arrastra.

A veces, junto con los cuerpos útiles, se introducen entre las valvas otros que sólo sirven para causar molestias, como granos de arena, huevecitos de peces u otras cosas así.

Al sertirse incómoda por alguna de ellas, la ostra trata de expulsarla; pero cuando no puede, se enoja, lo mismo que nosotros cuando no podemos... Sólo que la ostra comienza a segregar una materia muy fina, muy suave, con la que va envolviendo al objeto para hacerlo inofensivo. Y cuando el objeto ha sido envuelto, está transformado en una perla.

Decididamente, el tipo —que da el puñetazo sobre la mesa, el portazo a la puerta, el puntapié al perro, la mala contestación al inocente— debería aprovechar cual quier fugaz momento de lucidez para reconocer que tendría que mandarle a la ostra una tarjeta de felicitación.

OTRO INTERVENCIONISMO

Parece que en los Estados Unidos hay 2.000.000 de bebedores inveterados. Exceptuando a los de los sábados, a los que festejan fechas, a los que se llevan la botella para la casa y recién vuelven a aparecer cuando están en franca convalecencia, los demás son 2.000.000.

Así las cosas, el doctor Fred M. Mayer, médico director del hospital Elliot Square de Boston, resolvió suscitar en los citados dos millones —claro que agarrando a los tipos de a uno y llevándolos engañados— el ya popular "reflejo condicionado" estudiado por Pavlov, el extinto sabio ruso.

Pavlov estableció ese reflejo condicionado de la siguiente manera: puso un apetitoso trozo de carne ante un perro al tiempo de tocar una campanilla y de contralorear en el perro la secreción de jugo gástrico que la vista del alimento producíale. Repetida la operación cincuenta veces, asociábase de tal manera en el perro el estímulo auditivo de la campanilla con el estímulo del manjar que, con sólo oír la campanilla, y aunque el manjar se le ocultara, lo mismo demostraba el perro su inquieta apetencia.

Y bien; la idea del doctor Fred M. Mayer, con respecto a los bebedores que hacen gala de puntualidad y veteranía, es la siguiente: aprehende a uno, le lleva a una destartalada pieza oscura y le da una inyección de una mezcla de emetina, efedrina y pilocarpina. Y una botella de whisky.

Y el whisky que el hombre bebe después de la inyección le produce náuseas.

Repetida la operación cincuenta veces —arguye el doctor— el bebedor, asociando al whisky la tristeza de la

pieza obscura y el estado ocasionado por la inyección, detestará al whisky por "reacción involuntaria".

¿Está permitido eso, por ventura, en la "Carta del Atlántico"?

EL COMETA FRACASADO

Se está jugando demasiado con los planetas, y no hay derecho de que cronistas que ayer nomás pronosticaban la victoria de Boca sobre Peñarol, ahora se pongan a pontificar acerca de si el cometa debe ser japonés o criollo. El cometa es una cosa seria, de lo cual no se debería permitir que hablara sino la Academia de Letras. Por lo demás, este polizón del cielo, que habrá de volverse por donde vino, se ha sentido disgustado por habérsele recibido con tantas prevenciones y ha decidido partirse en dos, al igual que una Palestina cualquiera, que es como decir que se ha hecho el harakiri. Es necesario tener mucho respeto con los planetas. Porque bien pudiera ser que tuviesen razón los antiguos, que los sindicaban como causantes de guerras, pestes, sequías, carestías y todas las secuelas de calamidades que gustan practicar turismo a costa de la felicidad o tranquilidad de la especie humana. Los cometas han dado mucho que hacer al ser humano y hubo un Papa que debió aplicar la excomunión a un cometa, es decir que lo trató como un simple barrilete.

Cuando éramos muchachos hemos oído muchos cuentos con cometas. En primer término recuerdo que nos enseñaron a tener a estos bohemios del espacio, por hijos del Sol. Y además nos dijeron que éste se alimentaba de sus propios hijos, como aquel personaje de la mitología griega. Según eso los cometas tenían mucho cuidado de acercarse a su padre, porque éste les tiraba inmediatamente un tarascón y los engullía. De ese modo se cuenta que hubo varios cometas comidos por el Sol, que de este modo resulta un antropófago cualquiera. Se dice que uno de ellos, descubierto por un señor Biela —o cosa por el estilo—, se quiso hacer el vivo y se acercó demasiado al astro padre. Nunca más se volvió a hablar de él. Es tra-

dición, asimismo, en los pueblos indígenas, que los cometas curaban de la locura; se refiere que en la India cuando apareció uno de ellos se sacaron a todos los alienados que había en Basora, teniéndoselos a la intemperie toda una noche, después de lo cual se sintieron con sus facultades mentales restauradas.

Todas estas y muchas otras cosas más se han dicho acerca de los lingheras del espacio. Pero lo que es indiscutible es su decidida influencia sobre el espíritu bélico de la humanidad. Habrá que ver por qué lado revienta el tomate, como le llamaban los republicanos españoles a los bombardeos. Pero ya el asunto apunta por el lado de la Palestina, aunque no sepamos si el paseante es judío o árabe.

Debemos decir con toda franqueza que este cometa ha fracasado. Nadie le ha tomado en serio. El desprecio llegó al punto que lo observan despectivamente con anteojos de carreras en vez de hacerlo con los señores telescopios. Es un cometa huérfano al cual no se supo qué nombre ponerle, porque había la sospecha de que había sido bautizado en años anteriores. En fin, este cometa ha creado una serie de problemas de los cuales estaba ajena la humanidad. No ha faltado quien ha lanzado la teoría de atraer los cometas mediante la fuerza atómica y extraerles la mayor energía posible para hacer un tipo de bomba lo más barato posible. Creemos que el tema del cometa está completamente agotado. Y el polizón del cielo se volverá a su país de origen con la desilusión de no haber podido hacer la América.

DEBATE EN TORNO A ELLAS

—Son deliciosas. Aunque no sean lo que son en realidad, sino lo que resultan ser por obra del maquillaje... ¡son deliciosas!

—En lo que me es personal prefiero, sin embargo, de entre las dos mujeres que hay, siempre, en cada mujer, a la auténtica.

—Pero es que siempre es la auténtica, la que se va, la que invita, la que desdeña o la que espera.

—¡No! En cada mujer hay dos mujeres: la que es en realidad y la "oficial", diremos así, que constituye el resultado que obtuvo la auténtica en su esfuerzo por llegar a parecernos a nosotros el ideal de sí misma que se tenía forjado.

—¡Y te parece poco! Resultado de una lucha contra su realidad elemental empeñada nada más que para agradarnos! La coquetería es un homenaje constante que las mujeres nos hacen a los hombres.

—Pero un homenaje llevado a cabo con papel pintado.

—El material no le hace: también la paloma es una menuda carne cubierta de plumas y... ¡es la paloma!

—Yo prefiero la verdad.

—Es que la verdad... casi siempre es mentira.

—¡Paradojas, no!

—¡Cómo paradojas! Desde que el "rouge" puede hacer bella a una boca, esa misma boca sin "rouge", no llega a ser, enteramente, la verdad que logra, con el perfeccionamiento del "rouge".

—Es la que ella tiene, sin embargo.

—Pero no la que puede tener. Y mientras se pueda tener una cosa mejor que la que se tiene, la que se tiene no es verdad.

—Lo que no es verdad es el artificio de que la mujer

echa mano para bien parecer. Se ufana ostentando una gracia creada con algo ajeno a ella misma.

—¡Todo cuanto ofrece es suyo!

—¿Hasta el "rimmel", hasta el "pankek"? . . .

—Realizan el encanto de un paisaje las flores que lo aroman, la aurora que lo enciende y los pájaros que lo glorifican. Y todo —flores, aurora y jilgueros— pertenecen al paisaje y se entrañan, íntimamente, en su representación.

—Yo, hasta ahora, había creído que una mujer sin pintar era más verdad que una mujer pintada.

—Es lo mismo que sostener que un lago sin la luna —que no pertenece al lago, precisamente, ni ha nacido con él— es más verdad que cuando la luna lanza sobre él sus caballitos de plata.

—De manera que la belleza de una mujer consiste en el azul que se pone en las ojeras, en el ocre que se pone en el cuello, en el . . .

—¡No digas más! Ironizas sobre la más bella verdad que había encontrado el poeta: "Con un azul, un blanco, un verde, juntos se hace —¿tú no ves?— la Primavera . . .

EL DIARIO DE UN PERRO

No bien se quedó dormido, el tipo empezó a soñar con que andaba caminando por la casa. De pronto, vio una libretita en el suelo, al lado de la tina de la begonia.

La recogió y, curioso, se puso a hojearla.

"Estas son mis memorias".

El texto propiamente dicho comenzaba en la tercera página:

"Desde el día en que ese idiota de Ulpiano —Ulpiano era el tipo— me trajo en el bolsillo del perramus, hasta hoy, en que me decido a escribir mis memorias, ¡cuántos disgustos, cuántas humillaciones, cuántas perrerías! Cada vez estoy más convencido de que en esta casa son todos locos. Una noche que oí ruido y ladré, Ulpiano se levantó y me tiró con una maceta.

En otra ocasión oí ruido, asimismo, pero, aleccionado por el anterior incidente, me callé la boca. A la mañana siguiente, cuando notaron que faltaba el gallo bataraz y tres gallinas, Ulpiano se acercó a la casilla y me dio una patada —con perdón de la expresión—, argumentando, simultáneamente: —"¡Tomá, para que otra vez avisés, perro nabo!".

Quedé atónito ante aquella reacción. ¿Qué era lo que se pretendía de mí? ¿Que cuando oyera ruido, fuera en puntas de pies hasta el dormitorio y le dijera al oído: —"Che, Ulpiano: levantáte que parece que hay uno que se interesa por las gallinas"? Si era eso lo que él pretendía, ¿por qué me dejaba atado? Yo no soy un perro fantasma que pueda zafarme del collar como si estuviera hecho de gasa.

Si ladro, pues, me tiran macetas porque aturdo. Si no ladro, me pegan porque no vigilo. Si me sueltan un ratito, no me dejan ir adentro porque puedo tirar algo.

Las veces en que, por insólita condescendencia, se me franqueó el acceso al dormitorio y me alojé abajo de la cama para no molestar, me sacaron con el escobillón y a los gritos: "¡Va a llenar la casa de pulgas!".

Admitiendo yo mismo esa posibilidad —con lo cual podrá advertirse que no soy de los que creen que siempre tienen razón— me coloqué lejos de la cama, fuera de la alfombra, apartado de todos los sitos a los que mis afanípteros pudieran comprometer.

Y me empujaron violentamente con el pie: "Este perro siempre se pone en el paso. ¡Camine a la cucha!".

Y ya uno me estaba esperando para volverme a atar.

Mi condición de fox terrier sin mayores luces no ha permitido hasta el presente concebir un plan adecuado de conducta que esté de acuerdo con las aspiraciones de Ulpiano. ¡Ojalá que San Roque me inspire! (Firmado) *Cachiquengue.*

De repente, Ulpiano despertó sobresaltado. No vio ninguna libreta. Pero se levantó y fue a ver si el Cachiquengue tenía agua en el tachito . . .

¡...Y EL MUNDO SIGUE ANDANDO!

A los 25 años, ya era mariscal de Francia. No había apartado nunca un paso su cabalgadura de la de Juana de Arco, en los días de la victoria y el milagro. Pero se gastó toda la plata que le habían dejado los padres. Y cuando terminó la guerra con los ingleses, se propuso, seriamente, recuperarla.

Otros, abocados a trance tal ponen una "pizzería", buscan avisos o escriben argumentos. El prefirió asociarse, en París, con cuatro o cinco hechiceros —de aquellos que cuando querían hundir a uno lo hacían chiquito, en cera o arcilla, y lo dejaban con una vela prendida al lado y un clavo clavado en la frente, de manera que el que había servido de modelo se pasaba el día loco de dolor de cabeza y tropezando con todo el mundo hasta que lo pisaba la diligencia— e ir a trabajar con ellos a Bretaña, a su castillo de Tiffauges, que era lo único que le había quedado de su otrora cuantioso patrimonio.

En efecto: Gilles de Rais, nacido barón y buen mozo, a quien por su renegrida barba de reflejos acerados le llamaban en el pago Barba Azul, se propuso reconstruir su fortuna con la ayuda del Demonio.

Y en el viejo y sombrío castillo de Tiffauges, secundado por sus torvos brujos de capas negras y guantes rojos, oficiaba ritos horrendos... con la sangre de los pibes que él y su personal les sacrificaban a Satán.

Todo pibe que salía a hacer un mandado desaparecía; 200 al hilo, uno atrás de otro.

Hasta que el vecindario, dolorido e indignado, descubrió que los autores de tales secuestros eran los amanuenses del barón mafioso.

Comprobado su nefando delito con el hallazgo de res-

tos de las criaturas en el castillo, Gilles de Rais fue condenado a la horca.

Le ejecutaron en Nantes, en el otoño de 1440.

Ya en el patíbulo, le pasaron la soga por el cuello, apartaron de un puntapié el escabel, y le encendieron bajo los pies la pira.

Las primeras llamas quemaron la soga y el cuerpo del barón cayó en el fuego.

Esa circunstancia bastó para que hasta muchas de las madres que habían perdido a sus hijos a manos del monstruo, creyeran en un acontecimento sobrenatural y, cambiando de ánimo repentinamente, se precipitaran a la hoguera para rescatar los despojos.

Y les dieron cristiana sepultura.

Y en el sitio donde se llevara a cabo la ejecución, erigieron un cenotafio —que es el panteón sin el muerto—, en torno al cual se tejieron, bien pronto, las más extrañas leyendas.

¡En el monumento que "honraba" la memoria del barón Barba Azul tenía la virtud de hacer milagros!

¡Las madres macilentas por la enfermedad o por el hambre que acudían a rezar ante él, regresaban al lado del niñito amarillo con los pechos henchidos!

La tumba del mayor asesino de niños que se haya conocido, procurábale, a los niños sobrevivientes, alegres madres ubérrimas.

Y su historia le sirvió a Perrault para escribir un cuento que ha entretenido, ya, a ocho generaciones.

Como para hacer méritos . . .

PARA NO COMER CARNE MUERTA

Como en el mundo no se arregla nunca ninguna cosa sencilla, los hombres verdaderamente inteligentes se entretienen pensando en cómo podrían arreglarse las cosas complicadas, porque aunque también es cierto que ninguna cosa complicada se arregla, por lo menos, entretenido, puede el tipo olvidarse de que no se arreglan las otras.

E ir tirando.

Engañada por una presunta "ciencia de la alimentación", por ejemplo, la humanidad se ha despreocupado completamente del "arte de alimentarse".

Razona acerca de la cantidad de vitaminas y proteínas que debe suministrársele al organismo e ingiere los productos que las tienen, más que optar por aquellos que le gustan.

No se dan cuenta de que la apetencia es el resultado de un razonamiento íntimo —de las glándulas, de los humores, de los tejidos, de la sangre— que la razón desconoce.

Y mucho menos, aún, la perdiz en escabeche, ante el del porfirio rojo, ave espléndida de la que hubiérase dicho que dormía en la fuente en vez de yacer en ella, muerta.

—¡Proclamo la ventaja de los vegetarianos, sobre los que se alimentan de cadáveres!, ha dicho Bernard Shaw.

Claro que él no se ha dado cuenta de que viniendo "cadáver" de "cado" —caer— tan cadáver es media res colgada como una papa frita.

Tanto "mata" el tipo cuando caza una martineta como cuando arranca un tomate. Nos adelantamos a la objeción, reconociéndole sus razones: "Pero del tomate

queda la planta, en cambio de la martineta, vivo, no queda nada".

Esto nos sugiere no la conveniencia de nuestro vuelco hacia el vegetarianismo, sino la de estudiar la manera de no inutilizar al animal para comerlo.

Los ecónomos no han advertido, al parecer, que pese a la evolución de sus doctrinas, una vaca, por ejemplo, sigue sirviendo para una sola vez.

Le pegan en el frigorífico con el martillo en la nuca, la vende el carnicero en pedazos y... si te he visto, no me acuerdo.

Además de alimentarse con carne de animal muerto, pues, el tipo se queda sin el animal.

¿No se podría conseguir que los estancieros en vez de vender las reses las alquilaran?

En vez de sacrificar al animal, se le operaría.

Lecomte de Nouy ha establecido un "índice de cicatrización" que establece el poder regenerativo de los tejidos.

Claro que si a una vaca le cortan una pata, no le va a crecer otra. Pero a la gente lo que le gusta es la nalga, el peceto, el cuadril.

El gusto de la gente favorece la realización de cualesquier esperanzas que se pusieran en el inusitado sistema.

Iría el tipo a la carnicería y diría:

—Medio kilo de cuadril, pero de aquella barcina.

—No, aquella barcina se está reponiendo. Le vamos a dar de esta osca.

Y el tipo se llevaría el medio kilo de cuadril de la osca, extraído por el carnicero-cirujano, con la correspondiente anestesia y desinfección.

VIDA DESGUARNICIONADA

Una vez, cierto pequeño señor del Perigord, que se llamó Miguel de Montaigne, argumentó, con notable eficacia, sobre la influencia que ejercen los accidentes geográficos en la mentalidad y en el espíritu del hombre.

Adaptando esa comprobación, puede afirmarse que todo cuanto rodea al hombre influye sobre su mentalidad y sobre su espíritu.

Las paredes lisas, los muebles de metal cromado, los roperos empotrados, el monolito inhospitalario, al privar de un estímulo y un sostén exteriores a la imaginación del hombre, mineralizan su pensamiento y desfondan su ternura.

Y anulando, por condensación mental, el sentido mágico de las cosas, enrarecen, por limitación de la fantasía, el clima de la esperanza.

Hacen falta, con urgencia, más peceras con pececitos de colores, más centros de mesa, más guardapelos, más tarjeteros de laca.

Todo aquello que guarnicionaba, antes, la vida del hombre.

Y que le hacía sentirse armado y protegido y engalanado en el amor de su intimidad.

Lo cursi tiende a cobrar categoría de factor importantísimo en una faena de salvación a la que el hombre debe abocarse para que no se lo trague, famélicamente, el desierto en que vive.

Hacen falta sillones capitoné, jaulas con cardenales, estores de encaje Richelieu, vitrinas con abanicos y marfiles.

Es menester propiciar la vuelta de lo "cursi" para agraciar la vida, para arraigarla. Para enternecerla.

Hay que huir del sofá-cama que le da al reposo una condición de función provisional.

Y de la luz difusa que apenas acusa su procedencia tras vericuetos y esmerilados, como si no se atreviese a responsabilizarse de lo que la obligan a alumbrar.

Cuando el hombre mire en torno y se halle con aquellas lámparas en forma de corolas que parecían hechas para siempre; con aquellas butacas suculentas, que jerarquizaban el descanso... al volver a comprobar la importancia indudable, la innegable gravedad de lo que le rodea, volverá a sentir su propia importancia y su propia gravedad.

Hoy, en cambio, al ver la moderna habitación vacía, el hombre siente —allá donde ya no llega viva su alma; allá donde se le empieza a abrir, hacia el ademán, la vida— que una especie de ola implacable ha venido talándolo todo en torno suyo; y que él en medio de la habitación vacía, del patio sin portamacetas con globos de colores, del comedor sin cuadros con conejos muertos y manzanas coquetas ... es lo único que va quedando.

Y como ya no tiene de dónde asirse, como se malogra en un desierto la aventura de su mirada, en vez de sentir, por vía de sus chiches, de sus molduras, de sus almohadones, de sus flores, la magia de su presencia, cierra los ojos y espera la guadaña:

—¡Total! ... Para lo que hay que vivir ...

FUNCION PERTURBADORA DE LA VERDAD

¡Tanto que todos habíamos honrado la memoria de Cristóbal Colón, y aparece Franck Funek Brentano garantizando la especie de que Colón era un vivo!

(Como se sabe, se les llama "vivos" a los que se hacen los muertos).

Maltrataba a los indios, no miraba más que por la plata, no le pagó a Juan de la Cosa el alquiler de la "Marigalante" —a la que, sin permiso del otro, que era el verdadero dueño, le puso la "Santa María". Y mil tropelías más.

Después de habernos conmovido con las llamadas que Colón puso en las márgenes del "Imago Mundi", sentimos que nos arrebataban la gracia de uno de los recuerdos más lindos.

Donde decía: "En ese país hay una viña perenne que frutece en uvas de oro . . ."; donde decía: "En esa tierra es donde están los mirlos blancos"; donde decía: "Allí se encuentra la piedra del albesto que cuando se enciende una vez no se apaga más nunca" . . . Colón subrayaba.

Y, ante aquel subrayado, que todavía se conserva claro, en el libro, pensábamos "¡qué italiano más romántico!".

Y ahora resulta que por lo único que a él le interesaban la viña, los mirlos y la piedra, fue por la posibilidad de empeñar el lote cuando llegara de vuelta a España.

—¡Qué lástima da ver destruir las cosas lindas aunque sean mentiras! Porque . . . ¡cómo enseñan y consuelan, más que las verdades amargas, las mentiras encantadoras!

Hay otro caso, que es éste:

—¿Por qué perdió Napoleón en Waterloo?, preguntábamos. Y se nos decía:

—Porque Grouchy, al que el emperador había mandado en una misión ignorando la proximidad del enemigo, pese a oír que se acercaban los aliados anglo-prusianos, pese a admitir la probabilidad de que aquel advenimiento podía significar la derrota del corso... ¡obedeció la orden! Y mientras se alejaba cada vez más de Waterloo para cumplirla, sentía que la retumbaba angustiosamente en el corazón aquel inopinado arribo del enemigo. Pero... el emperador había mandado, y él obedecía.

Uno pensaba, entonces: —Ese Grouchy era un retardado. Un colibriyo. Pero, de inmediato, acudía, desde dentro, la impresión compensadora: —¡Pero, era un colibriyo heroico!...

Sin embargo, queríamos saber más de la derrota del hombre de Austerlitz; y sin decir que le habíamos preguntado antes a otro, insistíamos, en distinto lugar, con la pregunta. Y Víctor Hugo respondía:

—No fue Wellington el que venció a Napoleón. Fue Dios. Porque se sentía envidioso de la gloria del hombre más grande de la tierra.

Y aunque Napoleón hubiese sido, como lo fue, un mal educado, ¡qué lindo era todo eso! ¡Cómo lo vestía!

Pero resulta que ahora sale el doctor Bloungarten, de Nueva York, y dice que Napoleón fue derrotado en Waterloo, porque le había empezado a escasear la hormona suprarrenal.

Le faltó adrenalina...

Hay otro caso, aún. Y mucho más grave.

—¿Era lindo el zapatito de la Cenicienta, abuela?, preguntábamos al tiempo de movernos con la lengua el colmillito flojo y torcer, nerviosos, la punta del guardapolvo.

Y la abuela, sin levantar los ojos del tejido —labor de tejedora, es labor de poeta; y el tejido como un mundo: cada espacio una ausencia, cada nudo un amor—, respondía ufana, enfática, como si se lo hubiese regalado ella el zapatito:

—¡Era de cristal!

Y resulta que ahora salen comprobando que era de cuero.

—Fue una mala traducción. Donde el autor dice "pantoufle en vair", que significa zapatilla de piel, el traductor leyó "pantoufle en verre", que significa zapatilla de vidrio . . . , aclaran los exégetas.

Y pronto nos vendrán a comprobar que fue mentira que la calabaza se transformara en carroza y los ratones en corceles para llevar a la Cenicienta a la fiesta del Rey.

¡Y serán capaces de decir que la fue a buscar el portero en un taxi!

Entonces sí que nunca —¡jamás!— preguntaremos más nada . . .

—¡Es de pelo en pecho!

Y los que oyen se ponen a cuchichear acerca del valor y de la fuerza de quien, en aquella forma, fue aludido.

Según Bergen Evans, esta creencia de que el hombre de "pelo en pecho" es fuerte, procedería de la semejanza que, siendo así, presentaría con un gorila. Éste, en efecto, pesa 250 kilos. Tiene dos metros y medio de envergadura.

En un sambambé, mano a mano con el tipo, el gorila le bajaría la tricota como hace con la cáscara cuando come bananas, y ¡salute!

Sin embargo, según Robert M. Yerkes y Ada W. Yerkes —*Los grandes monos*— y Carl E. Akeley —*Inbrightest Africa*—, los gorilas no tienen pelo en el pecho.

Por eso es que a tanto tipo de "pelo en pecho" salen corriendo con el poncho. La gente se acostumbra a decir una cosa de cierta manera y, luego, se pone a creerla durante toda la vida, tal cual la dice. Sin importársele más de cómo es la cosa independientemente de la arbitraria expresión con que se ha dado en señalarla.

—Conozco el camino como la palma de la mano —dice el tipo—. Y cuando va a hacer el mandado, tiene que irle preguntando a todos los vigilantes.

¡Y es que nadie se conoce la palma de la mano!

Si al tipo le dijeran, de pronto:

—A ver: dibújese la palma de la mano sin mirársela...: le saldría una milanesa. O el mapa de las Malvinas.

Se yerra, asimismo, cuando suele decirse "solo como un hongo".

Todos los hongos crecen en manifestación. Desde el

hongo del sombrerito, pasando por el champignon, hasta el que llega a ser, con el tiempo, el "fungi funghetti".

Y todo el mundo está harto de oír hablar de "las manadas de lobos".

Contrariamente a lo que ocurre con los hongos, empero, los lobos no andan nunca en manadas.

Serias imputaciones se formularon contra el lobo a través de la historia del temor que siempre ha inspirado.

Alverdes, en *La vida social en el mundo animal* dice que cuando los lobos quieren disimular el número exacto de ellos que integra la manada, van en fila india, de a uno en fondo, pisando cada animal sobre las huellas dejadas en la nieve por el que le precede, de modo que quien observe el rastro, crea que anduvo un solo lobo por ahí.

El *National Geographic Magazine*, de noviembre de 1926, habla de lobos que asaltan trenes y se comen a los pasajeros y al maquinista.

Y Willa Cather, en su *My Antonia*, sostiene que los lobos son locos por la carne humana, especialmente la de novias y de aquellos que forman su cortejo.

Sin embargo, Vilhjalmur Stefansson, en *Adventures in Error*, manifiesta que ha visto millares de lobos en su estado natural, que se aficionó a estudiar sus costumbres y que jamás pudo autenticar ninguna de las historias espeluznantes que sobre ellos se cuentan. Sostiene categóricamente Stefansson, además —y le ratifica su acompañante Edward W. Nelson, ex jefe de la United States Biological Survey— que los lobos nunca andan en manadas.

Otra cosa: la gente que va al zoológico sale convencida de que todos esos pellizconcitos que, mientras los observan, se dan los monos, están destinados a buscarse pulgas. Y no es así.

Se acicalan.

Zuckerman, en *The Social Life of Monkeys and Apes*,

habla de esa coquetería monil; y afirma que muy rara vez se encuentran pulgas en los monos sueltos.

En los monos cautivos, sí: allá de tanto en tanto.

Y es un poco humillante, pero, parece que se las pegan los que van a verlos...

TABACO SINTETICO

Aparte de la nicotina, el humo del tabaco tiene ácido cianídrico, óxido de carbono, un aceite empireumático, amoníaco y ácido sulfhídrico.

Quiere decir que si el tabaco hiciera mal realmente, el tipo... ¡pah!

Dicen los higienistas: un gorrión muere en el acto si se le introduce en el pico una varilla impregnada de nicotina.

Pero si al loro le dan perejil, también muere. Sin embargo, al tipo se la ponen en los bifes, en las tortillas, en los buñuelos y, mal que mal, el tipo sigue tirando.

Volviendo al tabaco, hemos de recordar que representó un papel importantísimo en la magia de los primitivos.

Los araucanos incensaban al canelo con humo de tabaco. Y lo regaban con chicha.

Todos los viejos sacerdotes indígenas de nuestra América meridional aspiraban, asimismo, el humo picante antes de consultar a sus oráculos.

Según nos refiere el doctor Nicolás Monarde en su *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (Sevilla, 1574), los indios del Perú mezclaban el tabaco con polvo de valvas de almejas y lo masticaban para atenuar el hambre y la sed. Teníasele como tan buen sucedáneo de la coca que apelaban a él, también, los amurados, que le dicen.

En efecto: según don José Toribio Medina en su *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Lima*, cuando a un indio lo dejaba la mujer lo hacían mascar tabaco en el cementerio en honor de los muertos. Luego, se encendían cabellos de la chantadora y

las cenizas se hervían en una olla a la que agregaban tabaco mascado.

Hecho lo cual, el indio, al que la india había fumado, se ponía a esperarla con toda confianza.

Juan Ponce de León y Hernán Cortés enviaron la semilla de la insólita planta: el primero a Portugal y el segundo a Carlos V.

Y Hernández de Oviedo y Valdez la describió, por vez primera, en su *Historia natural de las Indias.*

Sin embargo, el tabaco no adquirió popularidad en Europa hasta que, habiéndolo enviado a París —en 1561— el embajador francés en Lisboa Jean Nicot de Villemani, lo pusieron en boga el prior Francisco de Lorena y la reina Catalina de Médicis.

Por la participación de Nicot en la propaganda de la planta en cuestión se le llamó "Nicotiana" al género que la comprende y "nicotina" a lo que mancha los dientes.

Y por las respectivas participaciones de Francisco de Lorena y Catalina, llamósele, asimismo, al tabaco, por aquel entonces, tanto "hierba del prior", como "hierba de la reina".

Ya se ve que los propagandistas del tabaco no fueron, ni mucho menos, lo que uno llama hoy un grasa cualunque.

Un embajador, un prior, una reina. ¡Un nuncio! En efecto: el tabaco fue introducido a Italia por el cardenal Próspero de Santa Croce, legado pontificio en Portugal —¡auditor de La Rota, obispo de Chissano!— del Papa Pío V. Los primeros italianos que pitaron, le llamaron al tabaco "erba Santacroce".

Incluso el refranero pondrá al tabaco, toda vez que un viejo adagio dice: "A mal dar, tomar tabaco".

Claro que como nunca falta un buey corneta, otro refraneador propaló la especie de que "tabaco, vino y mujer, echan al hombre a perder".

Pero en seguida apareció otro —de línea el tipo— que argumentó con esta copla:

Tabaco, vino y mujer
es contra la juventud:
pero, llevados con regla
son para el hombre salud.

Y la regla se la hace uno.

Por eso indigna la noticia de que el doctor Harrison, patólogo del Hospital Central de Londres, preconice las ventajas de un tabaco de su invención hecho con hojas de zanahoria.

Si en este mundo se empezara a fumar la zanahoria... quedamos cuatro.

COMO SE HACE EL DESTINO

De todo lo que le pasa a uno, siempre tiene la culpa otro.

Pero como la culpa de lo que le pasa al que tuvo la culpa de lo que le pasó a uno, también la tiene otro, resulta que no habría más remedio que empezar de nuevo.

Había una vez un hombre que como siempre sabía todas las cosas —y como cada vez que miraba para arriba se cruzaban allí, ante sus ojos, las palomas que se iban con las que venían de vuelta—, todos le tenían por mago.

Un día, dispuesto a salir a los caminos para ampararlos con su marcha, dejó en el patio del monasterio un tazón de plata cubierto por otro. Y les pidió a los discípulos que los cuidaran, pero sin mirar lo que había en el tazón de abajo.

No bien partió el mago, empero, uno de los discípulos levantó el tazón de arriba y vio que el de abajo estaba lleno de agua y que en el agua flotaba un pequeño navío de paja, con mástiles y velamen, como un navío de veras.

No pudo contenerse el curioso y lo empujó con el dedo. Y el pequeño navío zozobró.

De prisa lo enderezaron poniendo todas las manos en el empeño; y volvieron a tapar un tazón con otro. Pero apareció el Mago y les reprochó la desobediencia. Los discípulos negaron:

—¡No! ¡Nosotros no lo hemos destapado!

Y él les dijo:

—Un navío ha naufragado en los confines del mar Amarillo y han muerto cien hombres.

El mago volvió a aprestarse para una nueva partida. Y dejó una luz encendida en el patio. Y les encareció a los discípulos que se turnaran para cuidarla del viento.

Apenas partió, ellos se durmieron. Y la luz se apagó.

De pronto, uno de los negligentes custodios despertó sobresaltado y volvió a encenderla. Pero, un instante después, el mago aparecía tan inesperadamente como la otra vez:

—¿Por qué dejásteis que se apagara?

—No. No se apagó. Estuvo siempre así. Encendida como ahí véis.

Y reprochó el mago:

—¡Veinte leguas erré en la oscuridad por el desierto y ahora me mentís!

Es de otra parte de donde nos viene siempre lo que hemos de recibir para que sea nuestro —en ventura o en gloria, en recelo o dolor— recién en el momento en que lo sentimos.

La luz que se apagó apenas un instante, hizo que se apretaran las tinieblas a lo largo de veinte leguas de la marcha del mago.

Asiendo los sentidos de la vieja leyenda, podemos adscribirlos a este dramático juego de los hombres.

Y teniendo en cuenta que todo nos llega de otra parte, y que lo nuestro irá a contribuir, también en otra parte, a la integración de realidades como las que a nosotros nos fueron dadas, se advierte porqué herir a un solo hombre es lo mismo que herirlos a todos.

Es poner en riesgo inminente y tremendo el pecho y la frente de todos los demás hombres del mundo.

De la misma manera que la incisión que se hace en el tronco del árbol, repercute, transmitiéndose, en la gracia lejana de la flor y en la carne asombrada del fruto.

TIPOS PSICOLOGICOS

Todo el mundo —excepción hecha de los que no la han leído—, saben lo que dice Karl Gustav Yung en su obra *Tipos psicológicos*: habla del problema de los tipos en la historia antigua y medieval del espíritu: habla del problema de la transustanciación; de la disputa sobre la comunión entre Lutero y Zwinglio; de las ideas de Schiller en el problema de los tipos: de lo apolíneo y lo dionisíaco; de los extravertidos y los introvertidos.

Un seca bárbaro el tipo.

Uno busca y no encuentra ni entre los tipos de la creación poética —el Prometeo y el Epimeteo de Carl Spitteler— ni entre los dobles contrapuestos característicos en los tipos de James, ni entre los introvertidos y extravertidos que se describen a "nuestro" tipo.

Ese que va, que viene, que sale, que entra, que sube, que baja.

Los sabios especulan sobre abstracciones.

No van a la cantina, ni a la perrera, ni a la boîte. Ni firman el reloj, ni oyen la radio, ni se pagan jamás cuatro pares de whiskies, ni juegan al seven eleven.

Por eso fue que Bergson dijo, una vez que nos enseñan a pensar de una manera que lo mismo serviría en un mundo donde la gente no comiera, ni bebiera, ni amara, ni se jugara la plata del alquiler a las carreras.

Los "tipos" psicológicos accesibles a nuestra admiración o a nuestro disgusto, son muy distintos, en el rendimiento visible de sus características interiores, que los que esboza —sea dicho con los debidos respetos— Karl Gustav Jung.

Porque, por ejemplo, se le para uno en el pie, por la calle, en el colectivo, o en la cola:

¡Caramba! ¡Perdone!

—¡No es nada! ¡Valiente!

El tipo queda con el pie como un flan. Está deseando llegar a la casa para vérselo.

Es un introvertido que se frena. —¡No es nada! ¡Valiente!— pero que, a la mañana siguiente, todavía con el dedo chico colorado, y mientras se afeita, se mira al espejo, con la misma saña que si estuviera mirando al que lo pisó y:

—¿No ve donde camina, pedazo de animal? ¿Quiere ver cómo yo le enseño, balurdo? Ts. ¡Cretino!

El tipo levanta un poco la gillete para poder accionar mejor:

—No fuera porque le daba un cachetazo... Ts.

Y queda tranquilo.

Jung no lo describe.

Después está el otro, el caso contrario, el que hace el ademán. Ese es un extravertido que en el momento de pagar se introvierte:

—¡Dejá ... tas loco ... dejá ... no faltaba más ... ¡asá, mozo!

El mozo no ve más que una mano a la que el bolsillo parece que la tuviera mordida y no la dejara salir.

Y le cobra al otro.

Después está, aún, el tipo del "pero entonces"...

—¿Qué te parece?...

—¡Fenómeno! ¡Brutal! Sabés... "pero entonces" un poquiiito ... no te digo que, allá, una cosa del otro mundo, "pero entonces", sabés, apeniiitas ...

Y expone su proyecto de modificación sobre lo que se le muestra.

Y cuando se habla de un libro, de un cuadro, de un poema, de un caballo de carrera, de un centro forward, de un vals, manifiesta, indefectiblemente:

—Yo, te voy a decir, de esto no entiendo nada, ¿no?, "pero entonces . . ."

Y opina.

Si Jung se hubiera radicado acá —que un empleo, con un poco de paciencia, y tocando a uno tocando a otro lo hubiera conseguido (todo empleado debe pasar por la etapa de "tocador")— se hacía la astilla, que se le dice . . .

"SANAGORIA", CHURRO Y PAPA

Hasta hace no mucho tiempo, la llamada "verdura" sólo servía para organizar las dietas exigidas por una ictericia o una hipertensión, y para ilustrar, con su adecuada alusión, la idiosincracia específica de alguna gente. O su aspecto global.

—¡Es una papa!, decían los admiradores de la niña bonita.

—¡Es una "sanagoria", establecíase respecto de algunos.

Como se ve, la alusión a hortaliza había venido constituyendo una ayuda ponderable para el funcionamiento del léxico que la hora demanda.

Llegó un día, sin embargo, en que los sabios descubrieron que la zanahoria tenía, adentro, el caroteno. Una especie de mina de vitamina "A".

Y los médicos oftalmológicos, en vez de lentes comenzaron a recetar el consumo de la zanahoria.

Y al tipo, entonces, en vez de "sanagoria", empezaron a llamarle "Abombao", circunstancia ésta que marcó una etapa de superación en la estimativa de la zanahoria.

Otro buen día los sabios descubrieron que el ácido amílico que contiene la papa, base, por otra parte, de un elemento fundamental del caucho sintético, formalizaba la posibilidad de que se pudiera llegar a hacer gomas de auto con papas algún día.

Fue entonces que los hombres, impresionados por la difusión del descubrimeinto, le empezaron a llamar "churro" a la niña bonita.

Incluso los carnívoros, que en vez de papa, la llaman "churrasca"...

FOLKLORE

En Chile, por ejemplo, es tan folklórica la cueca como el pisco. Y en Andalucía, la vieja copla mística de raigambre gitana, como la manzanilla que auspicia su entonación.

De manera que el primer comensal viajero advertido de que eran tan milanesas como las de Milán aquellas que figuran en los menús de Leningrado, de los Carlton o de Tuñín, fue, asimismo, el que descubrió, a lo mejor sin darse cuenta, la intercambiabilización de los folklores.

Max Scheler, en el esbozo de una antropología filosófica que dejó sin terminar, sugiere la posibilidad de que esto que llamamos "la vida" sea una sola para todos.

Sugiere, el filósofo de la simpatía, que existe una especie de comunidad radical en la vida de que adolece la humanidad.

La vida sería como una masa, inmensa e indivisible, de la que la gente apenas constituiría los puntos por los que esa vida manifiesta su movimiento.

Pero, abajo, en el redaño, todo sería lo mismo.

Por eso se explica que le salgan tan bien los vermichelli al vóngole a un cantinero de Salerno, por ejemplo, como a un chef del Nogaró.

Y que el Uruguay nos haya pegado el guindado y La Cumparsita.

Y que cualquiera que haga un viaje a Cuba aparezca, en la esquina del barrio, el día siguiente del regreso, diciendo: "¡Oie, chico!". O proclamando en un bar de Lanús: "Io só el más charro de Jalisco, manito", si el viaje lo hiciera a Méjico.

Aparentemente, parecería que el folklore fuera contagioso, pero lo que ocurre es que, como todos, en realidad, hemos venido del mismo lado, basta con que el se haya superado hasta el vals vuelva a oír un "boogie-woogie" para que, retrotrayéndose hasta su ancestro, empiece a moverse como sus remotos abuelos se movieran en una época en que había sitio sobrado para hacerlo.

Unos hemos avanzado más que otros en este irse manifestando, por nuestro intermedio, la vida.

Pero como el instinto es la memoria de la especie, muchas veces, al oír una czarda, una guaracha o un fox, nos dejamos deslizar desde la altura de nuestro tango y, cerrando los ojos, ilustramos, interiormente, el efecto que la tonada nos produce, con la visión de Manhattan, de Budapest o de la sabana norteña. Sin advertir, por un instante, ni el sitio en que asistimos al canto, ni quien, para nuestro solaz, está entonándolo.

¡Quién sabe lo que era uno en otra vida!

¡Cuántos compadres, de esos que se resisten a abandonar el taco militar y el pantalón a la francesa con los bolsillos abajo de la pretina, habrán sido, en otra vida, beduinos que le hacían herejías al camello o Cosacos del Don que se habían portado mal con la familia!

Ya se sabe que la transmigración de las almas, la vuelta de una vieja vida a un cuerpo que recién nace, se opera dentro de ciertas normas. En efecto, el nuevo destino que está escrito para la nueva reencarnación de esa alma, depende de la conducta observada por el tipo que la usara anteriormente.

Es así que muchas veces un auxiliar 1º haragán se reencarna en portero.

Y de pronto, quien fuera portero honesto, capaz de prestar sus ahorros y de ir a buscar cigarrillos y café durante el día entero, sin la menor protesta, se reencarna en gerente.

Nuestra procedencia, en ese sentido, es inescrutable.

Pero al confirmar, con sus posibles contingencias, to-

do lo que hemos dicho hoy en estas variaciones, explica el hecho de que tantas veces un brasileño de paso por Buenos Aires, por ejemplo, vaya a una boite a oír cantar ruso a un mendocino y salga encantado.

A lo mejor se trata de un brasileño que antes había sido ruso y el mendocino que canta en ruso, un ruso criado en Brasil.

El folklore, es lo que tiene.

El lobo y el águila, la liebre y la serpiente, el lince y el ratón, estaban muy tristes aquellas tarde porque el oso había desaparecido.

Desmintiendo la fama de que el tipo lo vino rodeando, pensativa y tiernamente, dijo el lobo:

—¡Qué macana! Tan Bonachón...

En efecto: los osos nunca le han hecho mal a nadie.

A esta altura, se empina, en nuestro relato, la cabeza triangular de la serpiente, para argüir, en su favor:

—¡Y yo, tampoco! Muerdo, cuando me pisan. Se vienen a lo nuestro y nos defendemos, como Él cuando va a lo suyo...

Antes de que podamos continuar surge la voz del Tigre que se vino acercando sigilosamente. La prueba está en que ni lo nombramos al principio, porque no lo habíamos visto:

—Lo que pasa es que cuando él necesita matar a uno de nosotros, dice que es un deporte; pero cuando nosotros necesitamos matar a uno de ellos, dice que es ferocidad. No es mayor, tampoco, la diferencia que existe entre sus crímenes y sus castigos...

El lobo nos vuelve a la realidad de nuestra historia:

—Cuando alguien no paga, cuando alguien se olvida de las promesas, se dice que "se hace el oso". ¡Y pensar que él, todas las tardes, venía del arroyo con pescado para repartir!

Llega en este punto la voz de alambre del ratón:

—A mí un día me salvó de una víbora que me estaba mirando fijo, no sé para qué...

La serpiente se encocora y con toda dignidad, manifiesta:

—Le habrían hecho algo...

El ratón elude la discusión:

—No me acuerdo.

Sin embargo, frunce su ceñito y recordando vicisitudes de trampas y arsénicos, añade:

—A mí me persigue porque dice que transmito la bubónica por las pulgas. ¿Y a las pulgas, acaso, no se la pegó él?

Un coro enfático responde:

—¡Claaaaro!

Y, enfático, a su vez, el ratón, refirma su denuncia:

—Por eso les digo.

El hocico de la liebre se mueve vertiginosamente antes de ayudarla a que diga lo suyo; las liebres hablan con la "z" cuando hablan:

—Hace pazar gato por liebre, además. Yo no me considero una coza del otro mundo, pero, ez una cueztión de prinzipioz...

En eso, llega el oso, promoviendo la exclamación unánime:

—¡Oooooh! ¡Tuuuu!

Se sienta jadeante contra un tronco.

Y el lobo le pregunta, con ternura y ansiedad:

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? Pero... ¿qué te pasa que te rascas? ¡Vienes distinto!

Dice el oso:

—Me agarraron con una trampa y me llevaron a un pueblo. Y me hacían bailar con una pandereta para que la gente se riera...

—¿Y ellos no bailan acaso?

—Sí, pero ellos no se dan cuenta de su ridiculez. ¡Con decirte que tienen la osadía de reírse del mono!

El coro de las voces se agranda, agravándose:

—¡Qué tupé!

Lentamente, tristemente, el oso prosigue:

—Anoche, en un descuido, me escapé. Me da un poco de lástima el viejo que me había comprado, porque mi baile era su pan. —Que se lo dé su prójimo el pan. Nosotros tenemos otras preocupaciones...

—¡Qué le va a dar el pan su prójimo! Con decirte esto: lo único que inventaron que nos favorezca (¿vieron que me vine rascando? bueno fue porque me llenaron de pulgas) lo único que inventaron que nos favorezca, decía, fue el DDT. Y lo usan para ellos. Así que...

Al mover la cabeza para los costados, con pena y desaliento, el oso nos aventó lo que faltaba de la historia.

Menos mal.

MIMICA Y LENGUAJE

Uno tiene su teoría más o menos personal respecto a los orígenes del lenguaje.

Y como nadie estuvo, ¿quién la discute?

El tipo se entendía lo más bien por señas al principio.

Cuando le señalaba la parte de arriba de la elefanta a la mujer, la mujer ya sabía que se la tenía que ensillar. Y cuando le señalaba la parte de abajo, que tenía que ordeñarla.

La diversificación de los sonidos guturales que devino en lenguaje andando el tiempo, comenzó a operarse más por falta de luz que por la pareja diversificación de actos que, al complicársele la vida, se vio forzado a aludir el tipo de hace doscientos mil años.

De noche, no se veían las señas.

Antes de perfeccionar su repertorio de expresiones orales, el tipo se remedió tocando al interpelado.

A veces, tenía que tocarlo de día también; porque si quería llevar una piedra, por ejemplo, a cierta distancia y le explicaba al valet cómo tenía que poner el lomo poniéndolo él como muestra, el valet se le subía a babucha.

Entonces, el tipo no pudo menos que acercársele y doblarlo.

Ahí fue que se empezó a acostumbrar.

Las ulteriores posibilidades del lenguaje evitaron el manoseo como expresión representativa.

Pero, hay partidas de tipos que salen poco superadas de la herencia ancestral y optan por establecer un paralelismo entre la conversación y la mímica que deja amojamados a los más animosos interlocutores.

—¡Vieras Fabrizzi! ¡Eso es lo que se llama un actor! Ahí hay . . . ¿cómo te voy a decir? . . . sabés . . . una . . . El

lo tiene que agarrar, un suponer, a otro de los que... ¿entendés?... y te lo chapa así y te lo...

Y el tipo chapa al que escucha y lo chapa hasta hacerle sonar los níqueles. Es preferible ir a ver a Fabrizzi —piensa el sacudido— que asistir a esta prosecución de su ejemplo.

La mímica ilustrativa en el relato de un choque, y la expresión onomatopéyica correspondiente, son espectáculos que lindan con el de la esquizofrenia:

—El camión venía por San Martín para el centro, ¿entendés?... ¡prrrr!... vendiendo boletines... y al llegar a la esquina de Córdoba... ¡uuuu! el otro quiso, sabés... ¿cómo te puedo explicar?... se mandó una...

El tipo acciona, en el aire, con un descomunal volante imaginario.

—Pero... ¡qué justo cuando, seguro, creía que lo... ¡buuummm!

El tipo pega con el puño cerrado figurando el camión, contra la otra mano abierta que en ese momento representa el taxi que iba por Córdoba.

Hecho lo cual, baja el tono y se acerca al que escucha para explicarle los pormenores del accidente:

—Un tajo, mirá, de acá, acá...

Y le pasa la punta del dedo desde la sien derecha, cruzándole la nariz, hasta el borde de la mandíbula izquierda.

El otro retrocede un poco. Pero, atrás, tiene la vidriera.

El tipo lo sigue, más calmado y, entonces, se produce una especie de dislocamiento entre la mímica y el relato. Porque el otro se explicaba, como espectáculo substitutivo del choque, el puñetazo en la palma de la mano.

Y, por supuesto, aquella recorrida que el tipo le había hecho con el dedo en la cara, como ilustración inequívoca del tajo.

Pero ahora, mientras le explica cómo se acercó el vigilante, le agarra la solapa.

Y al tiempo de manifestar:

—Total, no se hizo nada ninguno... —le da vuelta un botón.

¡Y pensar que hay una Academia de la Lengua, que hay luz eléctrica y que la mayoría cree que para ser indio hay que andar descalzo y con plumas!

VARIACIONES EN TORNO A NUESTRAS DIFERENCIAS

No hay vidas iguales. Ni dos personas a las que les ocurra lo mismo con el mismo resultado, en este mundo.

Por eso es que muchas veces hemos sostenido —claro está que sin ser uno nadie— que la llamada experiencia de la vida (la utilización, más bien, de la experiencia como criterio) no sirve para nada.

Cuando el tipo dice:

"A mí no me van a enseñar a hacer esto porque hace más de treinta años que lo hago...", podemos inferir que lo hace mal. Porque si el tipo le encontrara otro mérito que el de la antigüedad a su artesanía, lo habría exhibido, en vez de ella, aparatosamente.

Siempre resultará impertinente y ridícula la actitud de los que aconsejan rumbos o soluciones.

Y aun da la casualidad de que el tipo que ha resuelto su vida con honor y con gracia —aquel que es rico no porque tenga mucho, sino porque se contenta con poco, que es la única manera de ser rico honradamente—, es siempre, el más tolerante, el que nunca se ve asaltado por la ocurrencia de decirle a otro que se esté desempeñando en lo suyo: "¿Por qué no hace eso de esta otra manera?".

Los frenéticos del consejo son, siempre, aquellos que ofrecen un espectáculo lamentable con su propia vida: aquellos a quienes los negocios, las preocupaciones, los amores, la familia, los amigos, les hacen vivir a los saltos, hablando solos y tomando calmantes.

Le asiste, pues, toda la razón y todo el derecho a quien sostiene:

—Yo no acepto los consejos de nadie (o más bien:

no sigo los consejos de nadie, porque al aconsejador hay que dejarlo que se explaye a fin de que no sufra como sufriría si le quitáramos el gusto de que crea que resuelve los conflictos de los demás, como una compensación al fracaso en la solución de los propios... Yo no sigo los consejos de nadie, porque todavía no encontré una sola vida a la que quisiera que se pareciese la mía.

Pero nos hemos apartado de lo que vinimos a decir.

Se trata del caso de un señor que invitó a la esposa a hacer una larga travesía en motocicleta.

Se puso los anteojos negros, recogió el pequeño equipaje, sentó a la señora en la parrilla de la moto y... ¡vía!

Cuando iban llegando al punto de destino, el tipo, sin volverse —toda vez que no se lo permitía la atención exigida por el manillar— comentó para la compañera:

—¿Viste que rápido llegamos?

Y como ella no le respondiera, aminoró la marcha, se dio vuelta y... la señora no estaba.

Gran escándalo del tipo:

—La perdí, la perdí.

Se empezó a juntar la gente.

—¿Lo qué perdió? ¿La valija? ¿La cartera?

—¡A mi mujer!

En un automóvil rehicieron el camino y encontraron a la señora que venía a pie, rengueando.

Por suerte, no se había lastimado de consideración, aunque sí lo suficiente como para que se admitiera la necesidad de internarla en un sanatorio.

La cuidaba, un día, en su convalecencia el motociclista cuando lo llamó desde la puerta uno de los médicos internos de la casa. El tipo fue, medio asustado, creyendo que le querría dar alguna ingrata novedad sobre el estado de la accidentada. Pero el otro, al oído, le preguntó:

—Dígame... ¿Dónde compró la moto ésa?...

Un casado, que quería hacer la prueba...

El motociclista se había desesperado por haber perdido a su mujer.

Y he ahí que se encontraba con un desesperado por poder perderla.

No hay dos vidas iguales. Ni dos destinos.

Ni dos mujeres tampoco, claro está...

LOS VIEJOS RETRATOS

De la caja de los retratos sale, tímidamente, un viejo olor a espliego. Manso aroma de otra edad, se queda quietito, como si estuviera cansado.

Del otro extremo del aposento, nadie lo percibiría.

¡Qué diferencia de caballerosidad, de prudencia, de discreción, entre el espliego y la nafta!

Aquél, que halaga como una caricia, obligada a que se le aspirase con cautela y ternura. El olor de la nafta, que muerde como un perro, nos aspira a nosotros, igual que una barredora.

Al levantar el papel de seda, el aroma se escapa como un pajarito.

¡Y aparece el retrato de la abuela Rosalinda!

—¡Qué buena moza que era!

El sombrero de plumas, la casaca bordada, la cadena de oro.

Y el abanico de nácar que hoy reposa en la vitrina, visto que poco se necesita en una época en la que cualquiera hace de pantalla.

Y la pollera hasta el piso, tras la que se adivina el zapatito puntiagudo y menudísimo.

—¡. . . qué buena moza!

¡Cómo guarnicionaba, antes, una mujer a su hermosura!

—¡Aquí está el abuelo Arturo!

Una mano familiar, tibia y afectuosa, lo saca de la caja. Y lo aproxima al otro retrato.

—¡Qué linda pareja hacían!

Pequeño, enjuto, aguileño, con su galera cuadrada, su bastón, su levita, el abuelo Arturo hacía honor a su jaez.

—¡Cómo lucirían, de jóvenes, cuando salían juntos! —dice alguien.

Pero, hay quien cierra los ojos y ve animarse a los retratos de los abuelos. Y, entonces, la mano del viejo —del viejo del retrato—, que estaba apoyada en el respaldo de una silla toda llena de molduras y con tapizado capitoné, se levanta de pronto y saca el reloj. Uno de aquellos gordos relojes, con tres tapas, a los que se les daba cuerda con una llavecita. Y que tocaban la campana apretándoles cierto botón.

—¡Tin, tin, tin!

¡Las tres!

Una campana que no servía para nada, pero ¡qué suprema nobleza hubo siempre en las cosas que no sirven para nada! ¡Qué auténtica gracia en ellas!

—¡Vamos, vamos que es tarde! Surge la vocecita resucitada, trepando por el aroma del espliego.

La abuela Rosalinda recoge su pollera, avanza el piececito y lo acompaña. Y se van los dos de los retratos.

El que ha cerrado los ojos, se inquieta entonces por ellos:

—¡Cómo harán para ir!

La multitud los envuelve, los lanza, los arruga.

¡Hay uno que insiste en venderle ballenitas al abuelo Arturo!

De pronto, una convulsión de aquella muchedumbre —que gira como un refresco de granadina al que se acaba de revolver— se lleva a la abuela.

Y él, desesperado, trata de alcanzarla, porque nunca la ha dejado sola. Y le tuercen la galera, le alborotan la levita, se le cae el bastón.

El que había cerrado los ojos, los abre sobresaltado:

—¡Qué horror!

Sonríe tranquilo, empero, al comprobar que el abuelo Arturo y la abuela Rosalinda han vuelto a sus retratos.

Impecables, relucientes, señoriles.
Izando, desde su memoria, un aroma de espliego.
Y al cerrar la caja, desasosiega una aspiración en la senda de un suspiro:
—En esta época, y dicho sea con los respetos que ella merece, ¡qué lindo que es ser viejo retrato!

EL TIPO Y EL CONEJO

Dígase lo que se diga, el tipo siempre fue un poco asustadizo.

—¿Qué te pasa? Te noto demacrado...

Siempre fue esta la fórmula para arruinarle el día. Pero ahora, desde que se multiplicaron los manuales de divulgación científica y desde que las revistas traen notas sobre la trombosis, la úlcera al estómago, el cáncer y la angina al pecho, el tipo vive desesperado.

Sacando la lengua frente al espejo, apretándose el costado, tomándose el pulso y pesándose.

El que ha dedicado su actividad a otra cosa que a la Medicina, debería ignorar, en buena hora, tanto la disposición como el comportamiento de sus órganos.

La vaga noción anticipada que se adquiere acerca de los síntomas de la meningitis, sólo sirve para que el tipo se "sienta" atacado, no obstante provenir, su dolor de cabeza, del precio de los botines.

Por otra parte, cuando el tipo se da cuenta de que adentro está lleno de chinchulines, se pierde mucha de la consideración que, hasta que lo ignorara, se había tenido.

Anúlase, en el juicio de sí mismo, el sentido mágico de su función.

El tipo tendría que conocerse de adentro para afuera y de tal modo que su conocimiento le rindiera no en el avezamiento de su topografía, sino en la transmutación de sus funciones.

Como rinde en la fragancia de la rosa el mecanismo entrañable del rosal.

Siguiendo, incluso, el ejemplo del ojo, que ve todo sin verse a sí mismo...

La medicina ciencia de la que el tipo suele envanecerse

—después de cerrar el Reader's Digest— apenas le vale para hacerlo sentir un cuis de laboratorio, cuando no para exasperar las aprensiones.

El, por ejemplo, lee que los sabios utilizan a la rata en sus experimentos porque es el bicho cuyas reacciones presentan una mayor analogía con las del ser humano y, entonces, impresionado por la noticia de esa insólita semejanza que, en cierto modo, le emparenta con la rata, se pasa el resto de la vida respetando, temerosamente, a cuanto gato encuentra.

El cerebro del tipo emite ondas eléctricas. Las ondas "alfa" y las ondas "beta".

En los sujetos mongoloides —de mentalidad deficiente— el ritmo de las ondas "alfa" (llamado "Ritmo de Berger"), decrece notablemente. Y según el contralor que se viene llevando de esa actividad bioeléctrica de los sesos, el registro "alfa" aumenta proporcionalmente al aumento de la capacidad mental.

Tanto interés despertaron estos experimentos que los doctores Adrián y Matwes llegaron a transformar en audibles, mediante un altoparlante, esa emisión de ondas.

El tipo puede oír lo que piensa.

Y, recientemente, el doctor Abraham Ber Gottlober, de la Universidad de Iowa, encontró la manera de proyectar en una pantalla la "imagen" de talas ondas.

El tipo, pues, podrá ¡"ver" lo que piensa!

Pero resulta que, anteriormente, los doctores Ectors y Jasper habían obtenido notables encefalogramas del conejo.

¡Y recogieron un "Ritmo de Berger", vale decir, un registro de ondas "alfa" análogo al del tipo!

Cuando el tipo "vea" que piensa lo mismo que un conejo —o que, por lo menos, es idéntico el substrátum bioeléctrico de su pensamiento y del pensamiento del conejo— es capaz de empezar a mover las orejas y a masticar en el aire.

Porque a los saltos, anda desde hace tiempo.

LOS ADIESTRAMIENTOS

Los criterios sustentados respecto al tratamiento a que debe ser sometido un atleta para que rinda, luego, en la prueba, todas sus posibilidades, han sido siempre, desde los viejos días olímpicos hasta hoy —desde Milón de Crotona hasta Joe Louis— distintos y hasta opuestos.

A los griegos, por ejemplo, les producían más dolores de cabeza que la preocupación del adiestramiento, ciertas performances inesperadas.

En efecto: una vez Cleómenes, luchador de pancracio —que era una especie de boxeo, catchascán y peritonitis— mató, sin querer, a su adversario. Loco de pena, no por el desenlace del match, sino porque le negaron la corona y lo pusieron preso, derribó una columna de la celda donde se le alojara y lo tuvieron que entablillar.

En la época de los juegos olímpicos propiamente dichos —que con los Píticos, los Nemeos y los Itsmicos reunían a todos los griegos— no había cronómetros. Pero quedaron "marcas" de una elocuencia portentosa.

Polites, por ejemplo, en la 211ª Olimpíada, ganó el "dólico", que era la carrera de gran fondo, sin descansar ni un instante después de haber ganado la de velocidad. Se dice que fue ésa una proeza única en los anales del atletismo de todos los tiempos.

Filostrato de Lemos nos refiere por otra parte, un espectáculo de pancracio que deja hecho un repecho al "Hombre Montaña".

En el pancracio se permitía de todo. Menos llevar cuchillo, de todo. Incluso ir al torneo munidos de unos llamados "collares de fuerza", con los que trataban de ahorcarse los adversarios.

Claro que si mientras uno intentaba ahorcar a otro —que era lo permitido— le hacía un arañón, era "fau"...

Cuenta Filostrato que en una ocasión Arriquión, pancracista endiosado por el entusiasmo helénico, se batía con un fuerte adversario. Y llegó un momento en que dicho adversario, apretándole el collar en el pescuezo, los codos en el estómago, las rodillas en los muslos y la pera en la clavícula, tenía al pobre Arriquión como una estampilla.

De pronto, empero, consiguió el campeón zafar la pierna izquierda y, agarrando, con la corva, el pie a su oponente, obtuvo que, a medida que se lo iba dejando como un flan, el otro fuera aflojando el collar y propendiendo a la que, luego, fue clamorosa victoria de Arriquión.

Fuera de los juegos propiamente olímpicos se practicaban, en Grecia, el "esfaira harpeston", antecedente del fútbol actual.

Unicamente se cobraba penal cuando se comprobaba el deceso de aquel contra quien el penal se cometiese.

Sin embargo, los griegos seguían su vida de parranda —lo mismo que, más adelante, Tony Galento— en pleno período de competencia.

No ocurrió lo mismo más tarde con los romanos.

El adiestramiento que se le imponía a un gladiador, por ejemplo, era peor que los trabajos forzados.

El "magister" lo hacía practicar con una espada de madera y un escudo de mimbre durante dos horas. Luego le administraba un brebaje —"cinis luxius"— preparado a base de una decocción de cenizas, que, según Varrón, era de efectos maravillosos.

Luego, aun, le daban un potaje de avena y habas. Y lo concentraban en el "ludus", edificio destinado a la instrucción y alojamiento de los gladiadores. Pero, tenían que poner fuera de su alcance toda arma, porque, indefectiblemente, si olvidaban ese detalle, el gladiador, desesperado con los potajes, el "cinus luxius" y el encierro, se suicidaba.

Las fuerzas psíquicas representaron siempre en el deporte un papel cuya importancia verdadera tardó mucho en reconocérsele.

Tenemos, por ejemplo, el caso del vencedor de la primera Maratón corrida en los Juegos Olímpicos de la Nueva Era. La ganó el griego Espiridón Luis. Fue en 1896, al reinaugurarse, en Atenas, las justas memorables.

¿Cómo se entrenó Espiridón Luis? Pues, rezando y ayunando. La noche anterior al día de la carrera la pasó íntegra arrodillado delante de los íconos.

Y hizo los 42 kilómetros en 2h. 55m. 20s.

Este tiempo no fue superado hasta 1908, en las Olimpíadas de Londres, en que el norteamericano Hayes lo bajó a 2h. 55m. 18s.

Luego, Zabalita, en Los Angeles, Soi Kitei, en Berlín, siguieron mejorándolo.

Pero, entonces, bien comidos y bien dormidos.

LA UNICA ESPERANZA

Unos dicen que la verdad se descubre y otros dicen que la verdad se inventa.

Unos creen que Dios hizo el mundo en seis días y otros creen que todavía está a medio hacer.

Unos se cortan el pelo a la americana y otros se lo dejan largo para cruzárselo atrás.

Muchos, no usan.

Unos sostienen con Freud que la "líbido" o instinto de reproducción es la verdadera energía fundamental, y otros manifiestan, con Austregesillo, que la verdadera energía fundamental consiste en la "fames" o instinto de nutrición.

Unos son impresionistas y dicen lo que sienten; otros, aun, son vivos y dicen lo que les conviene.

Unos deliran por el caviar de Achuyev y otros por el guiso de repollo. Unos son de Boca y otros son de San Lorenzo.

Unos dicen siempre "tírate un lance" y otros siempre dicen "no te metás".

Pero en lo que todos, íntimamente, están de acuerdo es en que esto no va a poder quedar así.

Tendremos que pagar de alguna manera esta aventura del Mundo y la Historia.

No hemos deshecho impunemente el destino del caballo poniéndolo en el trance de que lo insulten, cuando pierde, los que le jugaron, y de que lo insulten, asimismo, cuando gana, los que le iban a jugar.

No hemos ridiculizado impunemente al perro cortándole la cola por nuestro gusto de verlo rabón, contra su humillación de tener que quedar en evidencia.

No hemos utilizado impunemente el ejemplo de la laboriosidad de las hormigas para imponerlo a quienes

trabajan por nuestra cuenta, para luego exterminar a la hormiga, rendido su ejemplo, con agua y kerosén.

Todo se ha de pagar algún día.

Además, ya estábamos avisados.

El Profeta Joel, en el versículo II de su Profecía, dice: "Levántense las gentes y vengan al Valle de Josafat, porque allí me sentaré Yo a juzgar a todas las naciones puestas a la redonda".

Joel, como se habrá supuesto, hablaba en el nombre de Dios.

Estamos citados, pues, para el Juicio Final, en el Valle de Josafat.

El Valle de Josafat, empero, situado entre las colinas de Jerusalén, el Torrente del Cedrón y el Monte de los Olivos, no tiene capacidad para todos los convidados.

En aquella época, nadie pensó que íbamos a ser tantos.

El Valle de Josafat es tortuoso y estrecho; carece de las comodidades más elementales. No tiene donde tomar un naranjín. Ni "toilette".

Antes, para proceder a su ensanche, se habría tenido que contar nada menos que con el consentimiento de los ingleses. Pero ahora están de por medio los árabes. Y el Mufti. ¡Y los rusos!

Quiere decir que una dificultad providencial —la que representa esa exigua capacidad del Valle de Josafat— es la única esperanza de impunidad que se advierte.

¡Tanto protestar porque vivimos apretados, porque en los departamentos hay que entrar de canto, porque los que esperan para ir en tranvía no les dejan paso en la vereda a los que van a pie —y entonces no va nadie a ninguna parte...— ¡y lo único que puede salvarnos es la falta de sitio!

Decididamente, sólo se han dicho dos verdades trascendentales en lo que va de la Historia.

1º Para la salud no hay nada peor que estar enfermo.

2º Chillar, chillan los giles.

INDICE

Este libro fue compuesto y armado en LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53, e impreso en los Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A., Cabrera 3856, Bs. As., en setiembre de 1971.

Diario de un guerrillero colombiano
(*Todo el calor de la lucha en las selvas del macizo andino*)

Cora Cané
Después de Clarisa

Jorge M. Couselo
El negro Ferreyra
un cine por instinto

Adolfo Tapia Gómez
Primera antología de la poesía sexual latinoamericana
122 poetas de 17 países latinos, con ilustraciones de Iutta Waloschek

José Gobello y Eduardo Stilman
Diálogos de Villoldo

Enrique Cadícamo
La luna del bajo fondo

José Pagano
La biblia rea

José Pagano
Rimas caneras

Julián Centeya
Porteñerías
(Selección de frases hechas de uso popular)

Aldo Cammarota
Ahora viene lo mejor

Marcelo Gianelli
La otra orilla
(Cuentos del río)

Wimpi
Su lozano humor en 8 tomos de substanciosos cuentos



Había nacido en Montevideo. Su verdadero nombre era Arthur García Núñez de muchacho vino con su madre a nuestra ciudad, Buenos Aires, y estudió en el Colegio Nacional Mariano Moreno, para ingresar más tarde en la Facultad de Medicina. Pero abandonó la carrera, marchándose a la aventura, a El Chaco. Luego de mil peripecias, a las que relegó en el último lugar de la memoria, como si hubiese querido borrarlas definitivamente del recuerdo, regresó a Montevideo. Fue redactor de *El Imparcial* y posteriormente de *El Plata*. El periodismo y la radio sustentaron su prestigio, que se tornó amplio y aplaudido, sin dificultades para aceptárselo con plenitud absoluta. Cuando Wimpi apareció en la prensa porteña, allá por 1946, se produjo un fenómeno cercano al deslumbramiento que provocan siempre todas las revelaciones gratas al espíritu, la aprobación y hasta la adhesión ruidosa del público que comenzó a leerlo, fue inmediata y resonante. *El gusano loco* y *Los cuentos del viejo Varela* fueron los únicos libros que la timidez de Wimpi se atrevió a publicar después de tremendas dudas. Muchos otros corrieron el destino del fuego, al que los arrojó el autor, incapaz de sobreponerse a su sentido extremo de la autocrítica. *La taza de tilo*, *Ventana a la calle*, *Cartas de animales*, *Viaje alrededor de un sofá*, *Vea amigo* y *La risa* acaso pudieron correr idéntico camino, pero el inesperado y llorado fallecimiento de Wimpi acaecido en Buenos Aires el 9 de setiembre de 1956, los salvó de tan quemante suerte. Las manos queridas y el afecto intacto de *Caracol*, más allá de la vicisitud inevitable, tuvieron preservados esos originales inéditos con amor ejemplar y permiten que nuestro sello *Editorial Freeland*, al editar los 8 títulos, presente al lector las obras completas de Wimpi y tengamos fresco, lozano, ingenioso y exultante su humor alado y restallante de talento.